

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLV

San José, Costa Rica

1949

Jueves 10 de Noviembre

No. 22

Año XXX — No. 1097

Grandeza moral del verso de ALMAFUERTE

(En el Rep. Amer. Es un capítulo de *Pasión y Poesía*. Ensayos. Editorial Claridad, Buenos Aires).

Almafuerte debió desempeñarse en una época adversa. "En el Asia Menor o en Alejandría, dice un escritor argentino, hubiera sido un gnóstico, un tejedor de dioses subalternos y de letras numéricas; en plena barbarie, un Antonio Conselheiro, un Mahoma; en plena civilización, un Butler o un Nietzsche. Pero el destino le deparó los suburbios de la provincia de Buenos Aires; lo redujo a los años 1854 al 1917; lo rodeó la tierra de polvo, de callejones, de ranchos de madera, de comités políticos, de compadritos ni siquiera iletrados. Su labor fué contradictoria, parcial. Honradamente creyó que la felicidad no es deseable. Su pensamiento acecha en los rincones de su cebra" en un estado de ansiedad, de anhelación, de tristeza infinita, producto de tal ambiente que le roe y corroe, al extremo de obligarle a confesar que "la felicidad humana no ha entrado en los designios de Dios", de modo que "no pidas más que la justicia, pero mejor es que no pidas nada".

"Los hirsutos cabellos desbordantes por su busto de mármol se derraman como velo de angustias o sombrías melenas de león. Sinistra, pálida, desencajado el rostro. La derrota no tiene la pupila más opaca, ni la faz de Jesús, al beso infame, se contrajo más rígida. Adelanta con medroso ademán... ¡Oh, la ignominia nadie con paso triunfador arrastral! ¡La voraz invasión de lo pequeño, no hiere como el rayo, pero amansa! ¡Cuando el alma

inmortal cae de rodillas, la belleza mortal cae deshojada! ¡La mano de lo torpe cuando azota nos hunde su torpeza en las entrañas! ¡La caída más honda es la caída que nos echa a rodar entre las mallas de lo ruin, de lo innoble, de lo fofo, que flotan en el mar como resaca, como fétido gas en el vacío, cual chusma vil sobre la especie humana!"

Tales las primeras estrofas de "La Sombra de la Patria", poema inmortal, donde el poeta se estremece al escuchar los gemidos del pueblo que por su cerebro cruza cargado de grillos, en tanto en medio de la tiniebla canta en estas milongas sus desgracias. A través de las cumbres y las pampas, de las nubes, del viento y las estrellas, ve lo yerto del corazón de la sociedad y escucha en medio de este silencio el sollozo universal, lo mismo que una "mole de los mundos gravitando, a la vez, sobre una espalda, con todo el dolor de lo creado en un solo organismo se agolpara, como todas las dudas de los hombres en una sola mente refugiadas, como todos los siglos de los siglos en un solo segundo haciendo pausa, como todos los astros de los cielos en una sola vergüenza iluminaran! Yo la siento cruzar ante mis ojos y es un cadáver sideral que pasa", dejando tras sí un fulgor de angustia y de sombras semeando apocalípticos fantasmas, llorando y gimiendo cual maldición sobre los blandos hombros de la especie humana.

Pero llegando a tal situación, frente a

este panorama desolador, yérguese altivo y estalla: "¿Quién proclama el imperio de los justos? ¿Quién afirma que a Dios todo le cuadre? ¡Si Dios no puede herir, sin ser mal padre, ni siquiera la rama de un arbusto! ¿Qué ciencia miserable es esa ciencia que nada sabe más que el primer día? ¿Qué remedio con ser una insania donde antes vió pasión y no demencia? Bajé al abismo con el alma llena de una perpetua luz que no se agota: soy miserable, soy ruina, soy derrota... ¡Pero por ley fatal, soy azucena!"

Almafuerte ha sido un polemista del verso igual que Stecheti, a quien tanto se parece en algunos momentos. De Tolstoi heredó el desdén por la literatura cuando por tal palabra entendemos arte por arte. Cualquier refinamiento en el decir, tal vez equivocado, pero auténtico al fin, pareciale tiempo robado a la misión de curar almas, como entiende ha de ser el poeta. Y si Almafuerte no destruyó sus obras cual lo hiciera el apóstol de Yasnaya Poliana, fué, sin duda, porque le parecían eficaces para el combate. De ahí que haya dicho: "Son las almas de combate manos pueras y callosas, no las finas y olorosas y expresivas del abate".

La obra de Almafuerte perdura precisamente por su carácter cívico. Porque es un producto popular, el dolor del pueblo traducido en versos, y el verso se expresa en pensamiento. Las admoniciones que emergen de su obra son precisamente el zumo sentimental de América que Díaz Mirón y Rubén Darío cantaron en otras estrofas y en otros estilos; pero que finalmente son enseñanzas ejemplares de una altivez de espíritu que trasunta y que debemos preservar cual un retablo laico de estas democracias mestizas que han de encontrarse en un abrazo cordial y, con las manos entrelazadas, presidir nuestras luchas por un futuro de libertad.

He aquí el pensamiento de uno de los más auténticos valores de la poesía americana, a quien el tiempo va haciendo merecida justicia, por su carácter insobornable, por su fe y su civismo, al exclamar: "No te des por vencido, ni aun vencido; no te sientas esclavo, ni aun esclavo. Trémulo de pavor, piénsate bravo y arremete feroz, ya mal herido. Ten tesón del clavo enmohecido que ya viejo y ruin vuelve a ser clavo; no la cobarde intrepidez del pavo que amaina su plumaje al primer ruido. Procede como Dios, que nunca llora; o como Lucifer, que nunca reza, o como el robledal, cuya grandeza necesita del agua y no la implora... ¡Que muerda y vocifere vengadora ya rodando en el polvo tu cabeza!"

Almafuerte, dentro de su bondad colérica, que a ratos estalla incontenible y tempestuosa, adquiere la grandiosidad de los profetas del mundo. Sus arrebatos de desesperación, sus odios temerarios que parecen sacudir los muros de todos los templos frente al inmenso dolor de los pobres del cuerpo y del alma que no han podido amar y a quienes el poeta les da el derecho a ser malos, se aplacan con ternura sin igual en la sorprendente sentencia que,



Almafuerte
(Pedro B. Palacios)

a manera de confesión, de lavaje espiritual, surge de aquellos versos: "No te cojas del brazo de ninguno. El dolor humano deja de ser augusto desde el momento que encuentra su consolador... La caridad es una virtud, pero desecharla, sincera y enérgicamente, es otra virtud más grande", para añadir que casi todas las amistades constituyen una esclavitud.

Frente al panorama desolado de la tierra, donde el milagro del bienestar, la felicidad y la fortuna son vanas quimeras, pues que sólo el hombre por su propio esfuerzo y condiciones del trabajo creador entraña toda la realidad, Almafuerte es uno de los seres humanos que más han sufrido con singular estoicismo. Perteneció el poeta a la rara estirpe de los mortales que han padecido mucho, a aquellos seres que, en el anónimo, penan y luchan y también forman parte en el séquito de los que sufrirán mañana, porque el fenómeno de la vida como el de la muerte son dos accidentes casuales, encadenados por eslabones invisibles que atan a la humanidad y a nuestra naturaleza. El poeta quisiera engañarse, y consigue lograrlo a instantes, imaginándose un mundo de perfección donde "al débil hijo de la tierra tender supieron fraternales brazos; en los fértiles surcos de la tierra; los fragantes pétalos del libro y hasta el humilde césped de los campos" como dijera el gran González Prada, pudiera el humano respirar "el culto a la belleza y la gracia, la aspiración a lo viril y sano, la augusta libertad de la conciencia, el infalible método del sabio", bienes eternos cual cumbres erguidas, como chispas de encendidos astros a la doliente humanidad legados, pero "siempre tuvieron, para el bien, los hombres memoria infiel y corazón ingrato". Y si ciertamente, nacemos "a la vida como imposible sueño realizado" y por ello hemos de contristarnos, gemir y llorar lágrimas de sangre por aquellos que mañana pueden sufrir, es en el presente, rodeados por las cosas comunes con las que convivimos, las que roban nuestros afanes y acreedoras a nuestra pasión, a nuestra emotividad.

Nuestro bardo, profeta del porvenir, cuyas estrofas adquieren contornos más voluminosos en el tiempo que pasa, se sucede y renueva, aunque para bien no siempre, lleva el amor en su pecho de anchurosa ternura. De su angustia sin medida, de sus azares tortuosos, contrariedades y reveses en la vida, nos hablan con profundo lirismo elocuente que le hicieron incrédulo, huraño y sentimental aquellos versos que respiran bondad, afecto y cariño singulares, perfectos como sólo el sentimiento poético de los más grandes aedas puede concebir, que parecen arrancados de la misma entraña de la existencia. En ellos se ha volcado con toda emoción, con su riqueza, que deposita en la balanza de todos los amantes, apasionados y llevados en el conjunto del corazón hirviente: "Quiero ser las dos niñas de tus ojos, las metálicas cuerdas de tu voz, el rubor de tu sien cuando meditas y el origen tenaz de tu rubor. Quiero ser esas manos invisibles que manejan por sí la Creación, y formar con tus sueños y los míos otro mundo mejor para los dos. Eres tú, Providencia de mi vida, mi sostén, mi refugio, mi caudal: cual si fueras mi madre yo te amo... ¡Y todavía más! Tengo celos del sol, porque te besa con sus labios de luz y de calor... ¡Del jazmín tropical y del jilguero que decoran y alegran tu balcón! Mando yo que ni el aire te sonría; ni los astros, ni el ave, ni la flor, ni la Fe, ni el Amor, ni la Esperanza, ni ninguno, ni nada más que yo. Eres tú, soberana de mis noches, mi

constante, perpetuo cavar: ambiciono tu amor como la Gloria... ¡Y todavía más! Yo no quiero que alguno te consuele si me mata la fuerza de tu amor... Si me matan los besos insaciables, fervorosos, ardientes que te doy! Quiero yo que te invadan las tinieblas cuando ya para mí no salga sol. Quiero yo que defiendas mis despojos del más breve ritual profanador. Quiero yo que me llames y conjures sobre labios y frente y corazón. Quiero yo que sucumbas o enloquezcas... ¡Loca, sí, muerta, sí, te quiero yo! Mi querida, mi bien, mi soberana, mi refugio, mi sueño, mi caudal, mi laurel, mi ambición, mi santa madre... ¡Y todavía más!"

Resulta casi increíble concebir que tal poeta haya creado tanta belleza, y con emoción e intensidad tales que se vuelve autoritario hasta en el ruego. No obstante, pensemos que Almafuerte es un producto bravío de la pampa salvaje, domesticado por el tormento. De ahí su temple bronceado, el torrente eruptivo de sus versos encabritados que barren con llamas devoradoras un suelo fecundo, propicio a todas las conquistas. Sus composiciones producen la sensación de encontrarse encerradas, en una prisión cuyo paisaje constituye espanto y ruina, desigualdad y dolor, a las que estuvieran vedados por amurallados cotos la libertad del pájaro, de la diminuta hierbecilla, del viento y la lluvia, del sol y las estrellas. Y este mandato de fatalidad, pesadumbre incierta, pero que evidentemente le roe las entrañas y calcina sus huesos con cauterios infernales, le hacen revolverse en agonía lenta, en la desesperación. En medio de este tormento de muerte, quedale todavía una fibra sensible, la cuerda emotiva de su alma poética por esencia, para olvidarse, por sólo un instante, de cuanto le martiriza y así surge violento, huracanado hasta en el momento, en el instante en que piensa cuántos otros, que no vemos ni conocemos, que no conoceremos nunca, yacen entre las garras de un padecer que no termina nunca.

Ni en Rubén Darío, ni en Guerra Junqueiro concebiríamos la fogosidad con que Almafuerte, de un asunto tan común cual es el amor, ni tan íntimo y personal, que recorre la historia de la humanidad desde su nacimiento y siempre con la misma frescura e intensidad llega de generación en generación con su antorcha de triunfo como la única conquista de lo eterno, consigue imprimirle acentos tan firmes, decididamente violentos y no por ello menos sentimentales. Y es que Almafuerte es un genio, un visionario, un poeta del tiempo en el que el hombre es la única realidad y toda fortuna. Así como nosotros no podríamos suponernos la tierra asolada y desierta de seres, todos sus bienes carecerían de valor material, desde luego, y moral, figurándonos que únicamente los astros serían los llamados a apreciar sus bellezas, ante el afortunado milagro de la existencia, el poeta canta a la creación majestuosa, a la inmensidad del espacio, a todas las cosas que de nuestro suelo ubérrimo surgen, en la persona del hombre. Para él la figura humana es el todo, pues que nada hay que no transforme, que no modifique, amolde y cambie de lugar.

¡Qué notas sentimentales, no arrepentimiento, que sería común en otros poetas, no impone en sus versos! El vio el amor como una necesidad por el que la historia viene clamando a gritos y sollozos desde sus albores, en una incompreensión doblemente triste. Pero lo que nosotros podríamos entender como tal, no es en el poeta afecto libidinoso, carnívoro, choque de pasiones momentáneas que se ahogan

en el placer por un momento y resucita bestializado con todos sus morbosos atavismos. Como en Tolstoi, es toda cordialidad, cariño, afecto: la fusión de sentimientos; unión de almas elevada a la última potencia. Es entendimiento y comprensión, es poesía que trasciende del alma, a través de los ojos y la boca, es la confluencia de dos ríos, o muchos ríos caudalosos que se encuentran y siguen el cauce de sus remansos. Y después de haberle alzado en sus estrofas hasta rozar los astros, tócale a la humana grandeza del poeta dejarle abandonado en el espacio, en toda su pureza, con todo el fuego de alma apasionada, para ser mimado siempre, por el viento y la lluvia, como una antorcha florecida eternamente por el querer, para que, no se apaguen las estrellas y hacer "de mi gloria una diadema; de mi mente, una túnica de grana; de laureles y aplausos una alfombra; de mi pecho y mi sangre una muralla! Porque yo tengo virtud en mi alma para llenar de admiración los siglos si una mirada tuya me lo manda".

¡Cuánta desilusión y contrariedades tantas han debido martirizar al asceta abandonado, cuya vida íntima sin ser un misterio, le había hecho misántropo. El anecdotario almafuerteano es copioso y chispeante. En él refléjase, en toda su dureza, el carácter adusto y avinagrado, mas no por eso dúctil, maleable, sino tajante y en cierto modo, virulento. El trato con personas encumbradas, pero vacías de sentimientos, inspirábanle no oculta repugnancia. Los personajes relumbrantes, flexibles al aplauso y a los grandes acontecimientos, enardecíanle al extremo de producirle asco, porque entendía que no puede prestarse un servicio a la humanidad de que uno forma parte, pasándole factura por honorarios. El poeta es el porvenir inmediato que troca en realidad el futuro a través del pensamiento, del sentimiento, dones no a todos los seres comunes. Su misión reside en cumplir con su deber en el concierto de los habitantes del mundo, llenar su objetivo, es decir, ocupar su lugar de hombre entre el conglomerado universal. La naturaleza le ha impuesto esta grande condición que recibe de los dioses cuyas palabras entendemos solamente por boca de los poetas. Hacer poesía es poseer el secreto de las cosas vivientes, recibir como en confesión, su mensaje, que trasmite desde la tormenta centelleante que retumba en el firmamento y a veces parece hacerle pedazos, hasta la débil brizna que la brisa lleva en sus alas suavemente; desde el dolor de la madre que cada día muere un poco más e impregna al hijo de sus entrañas el vigor con que desea concebirlo y el cariño que pondrá en cuidarle y librarle de las asechanzas de la vida, soldándolo a su corazón después de haberle cerrado el paso con cien murallas a las adversidades que pudieran lastimarlo, hasta el triunfo y la derrota, sinónimos como la vida y la muerte. Ser poeta equivale a ser humano, identificándose con la inmensidad del dolor de los seres y las cosas; interpretar su majestuosidad y alegrías y dar a cada cual, en lugar y momento, con justicia, el premio de la virtud.

De ahí que cuando Leopoldo Lugones regresaba a la capital bonaerense, en brazos de la gloria, luego de un viaje por naciones americanas e hipaba, emocionado, ante las demostraciones populares que se le hicieron, Almafuerte, arrinconado y olvidado de todos, al ruido de tanta farándula, exclamara sin jactancia: "todo eso pasa, sin dejar rastro apenas, y Almafuerte quedará" porque aunque "viejo, carcomido, lamentable, como un roble centenario", era un hombre que servía para algo,

que producía algo, que dejaba el recuerdo de algo: "los árboles que no dan fruto, o que no dan madera, o que no dan leña, son inferiores a las patatas". "Cuántos imbéciles, cuántos vesánicos andan por las supercapas sociales, gozosos y satisfechos; y cuántos tan imbéciles y vesánicos como ellos andan llorosos y hambrientos por los bajos fondos de aquella sociedad misma...! Miremos y pasemos, como diría el Dante! Es necesario que lo sepas una vez por todas y para siempre: por cada rido de águilas, hallarás en la montaña mil cuevas de sabandijas; y casi todos los que lloran merecerían ser ahogados en su propio llanto".

El poeta humilde y bueno, en cuya grandilocuencia y arrebatos líricos había una dosis de bondad, de ternura que fueron en él pesadumbre y gloria, padecimientos y triunfos de la razón sobre los bienes materiales aborrecibles, cumplió con su cometido. Lugones, con sus fáciles triunfos, fué descendiendo porque su poesía no resiste la acción del tiempo. Alzafuerte, por el contrario, se eleva. Y es que los hombres se sobreponen a las cosas: lo humano sobre el paisaje; lo real sobre lo abstracto que es la contraposición de la evidencia. El triunfo, sin embargo no queda en el poeta puramente más que por la acción desplegada en hacer poesía del motivo; queda en el hombre, en todos los hombres que parecen desfallecer, luchan y no se dejan morir, porque no pueden

morir, en esta fragorosa batalla que no termina nunca y en la que todos los días somos combatientes y que mediante el dolor y la alegría, el amor y la gloria tan incierta y traicionera en los vaivenes de la vida vamos hamaçando y arrullando la libertad, nuestro más dulce lirismo.

El sentido de la existencia está en "subir, prosperar, en el mejor sentido de las palabras" que no es "encaramarse en los sitios más visibles, como los gatos en las chimeneas y los cuadrumanos en el jardín zoológico en los tinglados de sus jaulas. Subir es evolucionar; evolucionar es mejorarse, es desbestializarse; desbestializarse es adquirir la prerrogativa de ser creído y de ser seguido: asumir el derecho del mando, que es el más alto de los derechos, porque es el que impone más deberes. Como crece un cedro desde su raíz hasta su copa, así debe crecer tu vida; y como se desarrolla una parra hasta cubrirse de racimos, así debe desenvolverse tu persona física y moral; porque nada que no se resuelva en plato de todos vale nada", aconseja el poeta en uno de sus olvidos, para convertirse en moralista. Sus sentencias son cortantes, gráficas y contundentes. Escapan al mero juego de palabras para ir directamente al corazón, tan punzantes como acogedoras.

CAMPIO CARPIO

En Buenos Aires. Agosto 9 de 1949.

El Adivino de Uxmal

Por Ermilo ABREU GOMEZ

(En el Rep. Amer.)

Entre los indios mayas hubo una vez una mujer que tenía fama de bruja. Pero ha de saberse que no era como todas las brujas, una bruja mala. No señor. Todo lo contrario, era una bruja buena, más que buena, buenísima. Además sabía muchas cosas; tantas que, a veces, cuando más necesitaba recordarlas, se le olvidaban. Entonces venían sus apuros; se enfurecía y pataleaba. Puesta a pensar, muy seria, decía:

—Sé que lo sé, pero, ahora, no sé por qué no me viene a la memoria.

Nuestra bruja a nadie negaba un favor ni a nadie privaba de un consejo. Y para hacer un servicio no preguntaba quién era el que se lo pedía. Servía a todos. Por esto las gentes del lugar la querían y la respetaban. Por cariño le decían la *Vieja*. Y ella, aunque mujer, ¡cosa increíble!, no se molestaba de que la

llamaran así. Ella misma acabó por llamarse *Vieja*. Solía decir:

—Esta vieja les dice que un día sucederán cosas de veras muy grandes.

Y si alguien le preguntaba algo más, respondía:

—Pues sólo sabré decirte que estos ojos lo verán y esta boca lo contará y este corazón lo llorará.

Y la gente que oía estos augurios se quedaba preocupada y pensaba para sí: "¿Qué cosas serán esas que van a suceder?" Y ni atando cabos ni devanándose los sesos daban con el indicio de la verdad.

La *Vieja* vivía, para más señas, en una choza de palma, carrizos y adobes. La choza estaba en los alrededores de una aldea que se llamaba *Kabah*. Esta aldea distaba como dos jornadas de la ciudad de *Uxmal* que todos nombran. Cerca de la choza había un solar acotado por hileras de plátanos, de esos achaparrados que producen frutos blancos y dan hojas anchas y claras. En el solar, que no era ni grande ni pequeño, había un pozo con un brocal; un corralillo con aves; y un jardín con flores y yerbas medicinales. En el centro de la choza había un fogón. Este fogón tenía encima una campana de cal y canto por donde se iba el humo, que se derramaba luego, muy bonito, sobre el techo de la choza. El fogón era el sitio favorito de la *Vieja*. Casi nunca se separaba de él. Lo cuidaba con esmero. Ni de noche dejaba que se apagara pues cuando iba a dormir, ponía ceniza encima de las brasas para que éstas no se consumieran y así duraran hasta la mañana siguiente.

Por esto las gentes que querían hablar con

El traje hace al caballero

y lo caracteriza

Y la SASTRERIA

"LA COLOMBIANA"

de FRANCISCO GOMEZ e HIJO

le hace el traje en pagos semanales o mensuales o al contado. Acaba de recibir un surtido de casimires en todos los colores, y cuenta con operarios competentes para la confección de sus trajes.

Especialidad en trajes de etiqueta

Tel. 3283 — 30 vs. Sur Chelles
Paseo de los Estudiantes

la *Vieja*, la encontraban junto al fogón. Junto a él recibía a sus visitas y junto a su resoldo hablaba de las cosas antiguas y de las que estaban ocultas.

De una vez debe decirse que la *Vieja* quería, sobremanera, a los niños. Estaba pendiente de ellos. Los niños lo sabían y por esto, cuando pasaban cerca de la choza, trepaban por los barrotes de la ventana y gritaban:

—¿Qué pasó con el final del cuento, *Vieja*?

Y ya sabían la respuesta: la *Vieja*, refunfuñando, se hacía la enojada; mostraba los dientes, largos como espigas de pescado; sacaba las uñas afiladas, y decía que no quería verlos más y que se los iba a comer crudos y enteritos. Los niños entonces —con los ojos muy abiertos— esperaban que se calmara, porque ya sabían que todo aquello era fingimiento. Y en efecto, al fin, la *Vieja* se acercaba a ellos; les hacía un cariño; abría la puerta de la choza y los dejaba entrar. Entonces los niños le hacían rueda. La *Vieja* se ponía en cuclillas, enarcaba las cejas y esperaba que hubiera silencio. Entonces, con voz dulce, empezaba a contarles historias antiguas. Estas historias eran de veras tan preciosas que los niños se quedaban embobados oyéndolas. Además la *Vieja* las contaba muy bien. Imitaba las voces de los animales, el susurro del viento, pero, sobre todo, el canto lastimero de la *Xtabay*. Al cabo de un rato, con cualquier pretexto, porque maulló el gato, graznó la lechuza, o pasó volando un murciélago, interrumpía su historia y prometía seguirla al día siguiente.

Y en efecto, al día siguiente, después de los preliminares de rigor, la reanudaba y en el cabo de una hilvanaba el principio de otra.

Después de cada relato la *Vieja* regalaba dulces, jarritos de miel, maíz tostado y hasta unos panecillos de yuca que sabía cocinar que era un primor. El que los comía una vez —así fuera persona mayor— los comía siempre y tenía que chuparse los dedos, de puro gusto.

Las gentes mayores, como ya dije, acudían también a la *vieja*. Pero acudían, como es fácil suponer, por otras razones. Unas venían a pedirle consejo sobre cosas de amor; otras sobre la paridera de los animales; otras sobre el tiempo bueno o malo que había de venir. No faltaban, todavía, otras que le consultaban sobre achaques de enfermedades y dolencias. Y algunas más se acercaban a ella,

"EL GREMIO"

ANTONIO URBANO M.

TELEFONO 2157

APARTADO 480

Almacén de Abarrotes
al por mayor

San José

Costa Rica

un poco en secreto, con ánimo de saber algo del futuro que les estaba reservado. De esto la Vieja nunca quería hablar. Les decía así para consolarles:

—Mira: si es cosa mala lo que viene ¿para qué te lo digo? Si el mal no se puede evitar, decirlo es anticipar su sufrimiento. Si es cosa buena, ¿para qué te lo digo? Anticipar el bien es casi perderlo; es pedir, por anticipado, lo mejor de su gusto: la sorpresa.

Pero no obstante la tranquilidad de su vida, la Vieja vivía triste. Había en ella una melancolía que velaba sus ojos y ponía un gesto amargo en sus labios. Si alguien, compasivo, le preguntaba qué le dolía, ella no contestaba nada; se encogía de hombros y daba media vuelta. Si acaso, procurando que nadie la viera, lloraba.

Al caer la tarde se sentaba junto al fogón de su choza. Inclínaba la cabeza sobre el pecho y juntaba las manos encima de las rodillas. Y así, en esta postura, se estaba horas y horas. De vez en vez alargaba una mano y atizaba el fuego. Cuando veía las chispas de los carbones encendidos, suspiraba.

Ya mediada la noche se echaba en una estera de palma. Allí, con los oídos tendidos en la oscuridad, oía la canción del viento que se escurría entre las rendijas de su choza. La Vieja, entonces, enjutos los ojos, decía:

—Parece que oigo la risa de un niño.

Este era el secreto de su tristeza: la falta de un niño. Desde joven había querido tener un niño. Un hombre a quien amó, murió en la guerra. Ella quedó sola, con su recuerdo. Pasaron los años y los años y se hizo vieja y la esperanza de un niño, de un niño suyo, desapareció de su mente, pero no de su corazón. No se atrevió nunca a interrogar a las estrellas, temerosa de recibir una decepción. Prefirió vivir, como vivía, dentro del misterio.

Una mañana, como otras muchas mañanas, nuestra Vieja fué al solar de su choza para echar maíz a sus aves y recoger los pocos huevos que ponían. Buscando, buscando entre los rastros y las hierbas, encontró un huevo pequeñito y negro. Parecía un huevo de paloma. Lo recogió, lo llevó a su choza y lo calentó entre sus manos. Después lo envolvió en unos trapos y lo guardó en el sitio más oscuro y más tibio de su casa. Todos los días lo desenvolvía un momento para contemplarlo y acariciarlo.

Y sucedió que, después de varias semanas, cierta noche, aquel huevo se rajó, se quebró, se abrió y de él nació —no brotó— un niño. La Vieja lo depositó en el hueco de su mano y lo calentó con el aliento de su boca. La Vieja se llenó de alegría, arrulló al recién nacido y le cantó canciones y hasta ¡como si le entendiera!, le contó cuentos de esos que sabía eran del gusto de los niños.

Al día siguiente cortó flores del patio y con sus pétalos hizo una cunita blanda y perfumada. La rodeó de hojas de plátano para que estuviera fresca. Hizo también, en el techo de la choza, un agujerito, para que por la noche el niño —su hijo— pudiera ver las estrellas. Aquella vez la sorprendió la noche, llorando; pero ahora no lloraba como antes, de pena; ahora lloraba de alegría que es el llanto más bueno que existe.

JOHN M. KEITH, S. A.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)
Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)
Máquinas de Calcular MONROE
Refrigeradoras Eléctricas NORGE
Refrigeradoras de Canfin SERVEL
Balanzas "TOLEDO" (Toledo Scale Co.)
Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)
Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)
Equipos KARDEX (Remington Rand Inc.)
Pinturas y Barnices (The Sherwin-Williams Co.)
Duplicador GESTETNER (Gestetner Ltd. Londres)

Como no podía alimentar al recién nacido, buscó, entre sus amistades, una mujer recién parida que quisiera criarlo. Pronto la encontró. Era una mujer joven que había perdido a su hijo, al nacer. Aceptó, gustosa, porque en el nuevo niño encontró consuelo a su dolor. Como si fuera su hijo lo amamantó y lo cuidó y lo arrulló entre sus brazos.

Al ver tanta ternura, la Vieja dijo:

—De hoy en adelante, tú serás la madre y yo seré la abuela.

Y así fué: el niño llamaba madre a la nodriza y abuela a la Vieja.

El niño fué creciendo. Pronto caminó por la choza; hizo mil travesuras; cazó pájaros, correteó tras los conejos, las liebres, que a diario se metían al solar en busca de coles y de nabos. Aprendió las palabras que tanto su madre como su abuela le enseñaban. Las dos mujeres estaban embelesadas con la criatura. Cuando ya no fueron necesarios los cuidados de la madre, ésta regresó a su casa. Se fué pero prometió venir a verlo cada vez que sus quehaceres se lo permitieran.

Pasó así el tiempo y aquel niño dejó de crecer. Medía, apenas, dos palmos; era como de la altura de un conejo puesto de pie sobre las patas traseras. Cambió de voz; tuvo barba, la cual era escasa y rojiza; y le creció algo la nariz, no mucho. Era, pues, un enano.

Cuando la Vieja se dió cuenta de esta desgracia, quiso más a la criatura que el destino le había enviado. Por otra parte, el enano cada día daba más muestras de ser inteligente. Sus travesuras mismas denotaban ingenio. Tenía un como espíritu alado. La Vieja se enorgullecía de verlo tan vivaracho. Además, pensó que su niño siempre estaría a su lado, pues no había peligro de que se fuera a otra tierra ni de que buscara mujer.

Con los años el enano se hizo hombre; quiere decirse se hizo grave y mesurado. Con su seriedad aumentó su talento. Por sí mismo descubrió muchos secretos de la naturaleza. En el campo los pájaros le obedecían y con ellos conversaba de las más extrañas cosas. Puso nombre a los luceros y adivinó lo que significaban sus luces y el tiempo de su aparición y de su desaparición.

Por las noches la Vieja y el Enano se quedaban junto al fuego, hablando de cosas que sólo ellos entendían y que ahora no es posible revelar. La Vieja le contaba historias en las cuales figuraban serpientes, sin alas, que volaban; y el Enano le refería, a su vez, ocurrencias y agudezas que, en voz baja, le habían referido los murciélagos.

Pero sucedió que el Enano fué percatándose de que la Vieja no se apartaba casi nunca del fogón y de que siempre tenía cuidado de mantenerlo encendido. Y así, sin decir nada, antes disimulando su preocupación, acabó por sospechar que algún misterio guardaba aquel sitio. En los ojos de la Vieja quiso averiguar la verdad oculta que presentía. Pero la Vieja, adivinando su intención, apartaba la vista y callaba. Un día, sin poderse contener, le dijo:

—Hijo, la verdad está dentro de nosotros y no fuera. Al oír estas palabras, el Enano quedó más seguro de que tras el fuego de aquel fogón había algo oculto. Desde aquel momento se propuso averiguar de qué se trataba. Entonces se puso a espiar las idas y las venidas de la Vieja. No tuvo que esperar mucho tiempo para descubrir, al menos, parte de aquel secreto. La ocasión propicia llegó cuando menos lo esperaba. Sucedió como aquí se cuenta.

La Vieja, como otras veces, se fué al patio para sacar agua del pozo. Varias veces echó el calabazo y otras tantas lo sacó sin duda. Al principio creyó, desolada, que el pozo se había secado. Pero, fijándose bien, notó que el calabazo estaba roto y que, por un agujero, se escurría el agua. Entonces la Vieja se puso a taparlo con resina de zapote.

Mientras tanto el Enano aprovechó el momento para hacer lo que luego se dice.

El Enano se acercó al fogón y con unas tenazas apartó las brasas y la ceniza; quitó las piedras del fondo; cavó la tierra; hizo un agujero y sus manos tropezaron, de pronto, con un *tunkul* de metal. Lo sacó, presuroso; lo limpió, porque estaba cubierto de lodo y de cal. Limpio parecía de oro. Lo suspendió entonces delante de sus ojos y lo contempló con curiosidad y gusto. Al fin, todo confuso, con una piedra labrada y puntiaguda, lo golpeó varias veces. El sonido que produjo fué tan

hondo y tan intenso que se oyó a mucha distancia del lugar. Fué oído, sobre todo, en *Uxmal*, donde vivía el rey de aquellas tierras. Los ecos de este ruido retumbaron durante largo tiempo y fueron tan recios que, a su paso, se doblaban los árboles, se movían las rocas y hasta las olas del mar retrocedían antes de llegar a la playa. Pero lo curioso de esto fué que el Enano no oyó aquel ruido. Temeroso de ser descubierto, volvió a guardar, diligente, el *tunkul*; lo cubrió otra vez de tierra; puso las piedras; apiló las brasas y acomodó la ceniza. Y luego, como si nada hubiera hecho, se sentó junto al fuego y se puso a llamar al viento con un silbido peculiar. El viento vino.

Cuando la Vieja oyó el ruido del *tunkul* dejó el calabazo en el brocal del pozo; se levantó el *hipil* para no enredarse los pies y regresó, presurosa, a la choza. Entonces el Enano fingió que dormía. La Vieja comprendió lo que había pasado. Hizo mil preguntas a su nieto; pero éste, ladino o ingenuo, no supo contestar nada. Acosado, sin embargo, acabó por decir que él también había oído algo, algo así como un ruido extraño, pero que él lo atribuía, más bien, al pavo que estaba en el corral porque, como ya estaba viejo, se le había engruesado la voz. La Vieja, viendo que no podía hacer confesar a su nieto, muy seria, le dijo:

—Hijo, lo que has hecho ya no tiene remedio. Hecho está. Pero te digo que no pasarán muchas lunas sin que sucedan ciertas cosas que llenarán de espanto a las gentes y tú mismo te verás envuelto en sus consecuencias.

El Enano se encogió de hombros y contestó:

—No soy viejo y espero ver con mis ojos lo que dices.

La Vieja le replicó entonces:

—Yo soy vieja y lo veré también.

La Vieja conocía una conseja muy antigua. Esta conseja decía que cuando fuera tocado aquel *tunkul*, el rey de *Uxmal* perdería su trono.

El rey de *Uxmal* conocía también esta profecía. Y por esto, cuando hasta su palacio llegaron los ecos de aquellos ruidos, se llenó de angustia. Se encerró en el lugar más oculto y más oscuro de su palacio; dejó de comer; rasgó sus vestiduras; y rehuyó la compañía de los ancianos de su consejo. Por las noches se pasaba las horas mirando el cielo con la esperanza de descubrir alguna señal favorable a su destino. Todo, sin embargo, confirmó que el vaticinio iba a cumplirse. Los hombres de su consejo también tenían la certeza de que no tardarían en venir días aciagos para el reino. Mas, por no agobiar a su señor, dijeron a éste que podía luchar contra aquella funesta predicción.

—¿Y de qué manera? —preguntó el rey.

—Manda a buscar al que tocó el *tunkul*; acaso, de sus propios labios, oigas la verdad que necesitas.

Animado el rey con estos consejos, ordenó que varios de sus mensajeros salieran hacia diferentes rumbos de su reino en busca del hombre que había tocado el *tunkul*. Por los cuatro puntos cardinales se esparcieron los mensajeros. La busca fué larga y difícil. Todos habían oído el ruido pero nadie sabía nada de su origen. Ni siquiera podían decir, apresurados, de qué rumbo había venido. Todos acababan por decir:

—Lo oímos llegar, así, de pronto, como de arriba.



Mientras tanto el rey estaba impaciente. Los mensajeros fueron volviendo sin traer noticia alguna. Cuando ya casi había perdido la esperanza de encontrar al autor de aquel ruido, alguien habló de la existencia del Enano. Fueron en busca de él. Lo hallaron y lo interrogaron varias veces, pero no quiso explicar nada. Apremiado, volvió a decir lo que había dicho a la Vieja, que él no oyó sino la voz de un pavo. Los mensajeros, entonces, entraron en sospechas, lo aprehendieron y lo llevaron al palacio del rey.

El Enano, bien custodiado, fué llevado, al día siguiente, delante del trono. El rey pidió al Enano, casi con humillación, que le revelara la verdad de lo que había pasado. El Enano, sin ánimo de mentir, repitió que aquel ruido tan extraño que todos habían oído, menos él, lo atribuía al pavo que había en su casa. El rey, ante tal explicación, montó en cólera; alzó las manos, furioso, y ya las iba a dejar caer sobre el Enano, cuando uno de sus consejeros le dijo que se calmara. El rey, muy a pesar suyo, se calmó. Pensó luego mandar matar al Enano, pero otro de sus consejeros le dijo que no lo matara. Quiso después desterrarlo más allá de la frontera del reino, pero un tercer consejero le dijo que tampoco hiciera esto.

El rey entonces tomó consejo de los otros ancianos de su corte, pero como ninguno le supo dar razón de lo que debía hacer, decidió soslayar el peligro, desafiando en un duelo al Enano. Lo mandó a llamar y le dijo:

—Conozco la verdad de lo que hiciste y también sé lo que anuncia el ruido de ese *tunkul*.

—Tú eres rey y como rey sabes más que yo —contestó el Enano.

—Para resolver este enigma te propongo un desafío —añadió el rey.

—Acepto todo lo que tú mandes —contestó el Enano.

El rey dijo entonces:

—Pondré una condición.

El Enano contestó:

—La acepto de antemano.

El rey explicó:

—Vivirá el que resista que en su cabeza, con un mazo, se rompan los *cocoyoles* que quepan en una canasta.

El Enano dijo:

—Tú has puesto una condición. ¿Me das licencia para poner otra?

El rey dijo:

—Si no es rehuir el duelo, sí.

El Enano respondió:

—No.

—Habla entonces,

—Te ruego que mandes hacer un camino que vaya de *Uxmal* a *Kabah* y de *Kabah* a *Nohpat*.

El rey dijo:

—Así lo haré.

—Cuando el camino esté concluido vendré a cumplir tus órdenes —dijo el Enano.

Y sin decir más salió del palacio y se fué a *Kabah*.

Sin saber lo que hacía, el rey apresuró la construcción del camino que pidió el Enano. Cientos de esclavos trabajaron en él, día y noche. Unos rajaban la tierra; otros apisonaban el terreno; y otros acarreaban grava. Antes de dos lunas todo quedó concluido y dispuesto. Entonces nuevos mensajeros salieron en busca del Enano.

Aún no partían cuando el Enano se presentó acompañado de las gentes de *Kabah* y de *Nohpat*. Estas gentes fueron las primeras que pasaron por los caminos que el rey había mandado hacer.

Los ancianos del consejo del rey dijeron entonces que pues ya todo estaba listo y el pueblo reunido, el desafío podía empezar. Pero el rey, desde su trono, exigió todavía una nueva condición. Llamó al Enano y le dijo:

—Tú sufrirás la primera prueba.

El Enano, sonriendo, dijo:

—Acepto.

Entre el pueblo hubo un clamor de espanto. El Enano subió al tablado y se sentó en un calabazo. Tras el Enano subió también el verdugo, nombrado por el rey. Era un hombre alto, cetrino y fuerte. No era natural del reino; había llegado de tierras lejanas. Estaba desnudo de la cintura para arriba. Traía en una mano un mazo y en la otra una canasta llena de *cocoyoles*.

Nadie respiraba. El rey mismo estaba atónito. Los ancianos del consejo ocuparon los lugares de honor que, desde siempre, les correspondían. A una señal del rey, el Enano se levantó y puso la cabeza sobre un tajo de piedra que allí estaba.

El Verdugo se adelantó, pausado; colocó un *cocoyol* sobre la cabeza del Enano y descargó un golpe. En la plaza estalló un grito. El Enano se incorporó, sonriendo. En seguida el Verdugo volvió a colocar otro *cocoyol* sobre la cabeza del Enano. Descargó un segundo golpe. El pueblo volvió a gritar. Y así, en igual

forma, el Verdugo quebró, sobre la cabeza del Enano, todos los cocoyoles que estaban en el canasto. Cuando terminó su tarea, el Verdugo cayó desmayado. El Enano, sonriendo, se volvió a sentar sobre el calabazo. Miró al rey; bajó del tablado y fué a reunirse con los vecinos de su pueblo. Nadie salía de su asombro; nadie quería creer lo que con los ojos había visto.

El rey, entonces, aturdido, se puso de pie. Bajó de su trono y dirigiéndose al Enano le gritó con grandes voces:

—Ahora te exijo contestes una pregunta.

El Enano, trepándose sobre los hombros de dos jóvenes, contestó:

—Tú eres el rey y yo te obedezco. Pregúntame lo que quieras.

Al punto el rey, demudado, saltó con los ojos, dijo:

—Dime, si puedes, cuántos frutos hay en la ceiba que está en medio de la plaza.

El Enano, sin titubear, respondió:

—Eso es fácil.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el rey.

—Lo sé porque un murciélago me lo dijo.

Y en seguida, dijo la cantidad de frutos que había en la ceiba.

—Sube a contarlos —le ordenó el rey.

—No sería justo; pero lo deben hacer tus esclavos —arguyó el Enano.

—Tienes razón, desígnalos —afirmó el rey.

Y el Enano mandó a dos esclavos del rey que subieran al árbol y contaran los frutos. Cuando acabaron, se acercaron al trono y en voz alta, dijeron la misma cantidad que había dicho el Enano.

Peró el rey no se dio por satisfecho. Iba ya a poner una segunda condición, cuando sus propios consejeros se levantaron de sus lugares y se cubrieron la cara con sus mantos.

El rey les dijo:

—¿Por qué hacéis eso?

El más anciano, adelantándose, le respondió:

—Nos avergüenza tu injusticia. Como rey debes cumplir tu palabra.

Al oír esta acusación el rey se puso mortalmente pálido; se despojó de su manto y subió a la plataforma. Allí titubeó un momento. Al fin, demudado, puso la cabeza sobre la piedra del tajo. El Verdugo se acercó; colocó un cocoyol en la real cabeza y descargó un golpe. El rey quedó muerto en el acto.

Entonces, entre las exclamaciones del pueblo, el Consejo de los Ancianos, proclamó al Enano, rey de Uxmal.

Desde aquel día el Enano fué llamado el Adivino. Le rindieron honores y le juraron fidelidad. Lo primero que hizo el nuevo rey fué mandar mensajeros a Kabah para que trajeran, con el respeto debido, a la Vieja. Así lo hicieron los mensajeros más veloces. Llegaron ante ella y la saludaron. Estaba, como siempre, junto al fogón, removiendo las brasas y el rescoldo. La Vieja oyó el mensaje que le enviaba su nieto y dijo que no iría jamás a Uxmal si alguien no se quedaba a cuidar el fuego de su choza. Supo el rey la condición que exigía la Vieja y ordenó que uno de sus esclavos se quedara en la choza, alimentando, para siempre, el fuego.

Sólo así la Vieja salió de Kabah y se dirigió al palacio de su nieto. En seguida mandó éste construir un palacio muy grande para que en él viviera. En poco tiempo el palacio que-

dó concluido; y era de veras suntuoso; desde sus terrazas se miraba la anchura del Valle, y en la lejanía, hacia el norte, la sombra de la antigua ciudad de T-Ho. Al pasar junto a él los vecinos decían: "este es el Palacio de la Vieja". Cerca de este palacio el rey mandó hacer otro para sí mismo. Fué conocido, por propios y extraños, por el Palacio del Adivino. Todavía, mandó levantar otro palacio para regalo y asiento del más anciano de los hombres de su consejo. Las gentes dijeron: "este es el Palacio del Gobernador".

La felicidad se regó por las tierras del reino de Uxmal. Por años, fueron abundantes las cosechas de maíz; creció el algodón y dió capullos de colores; la lluvia cayó en buen tiempo; y las brisas del mar refrescaban los ardores de la tierra calcinada por el sol. Los escribas del reino recogieron las historias y las leyendas de las épocas antiguas y las grabaron en piedras. Las fiestas que se hacían, de acuerdo con las enseñanzas de Zamná, eran sin sangre. Las doncellas crecían sin miedo, guardando su decoro para el gozo y la alegría de sus dueños.

Al cabo de muchas lunas la Vieja se sintió morir, mandó a llamar al rey y le dijo:

—Voy a morir porque ya es tiempo que así suceda. No me llores, porque esto no es cosa de dolor. Cúmple con la justicia que aprendiste de mi boca, si quieres que tu reino viva con felicidad. Oye el consejo de todos y sigue el mejor. No le tengas miedo a la verdad, aunque ésta sea amarga. Sé antes benigno que justo y antes que cruel, justo. Destierra de tu corazón el espíritu de la venganza. Acata la voz de los dioses pero no seas sordo a la voz de los hombres. Recuerda que los dioses, a veces, hablan con la voz de la tierra. No desdeñes, tampoco, la tristeza de los huérfanos. Entiende que sólo es bueno lo que nace de la propia sangre. No reveles el secreto de tu fuerza. Las esteras y los tapices se ven de frente. ¿Qué ganarás si dices, por ejemplo, que yo te puse, debajo del cabello, duros pedernales, el día de la prueba que sufriste? ¿Qué ganarás si digo que escogiste a los dos únicos esclavos que no sabían contar y que, por fuerza, por miedo y pudor, tenían que repetir la misma cantidad que dijiste? Sé bueno pero no te olvides de la maldad ajena. Has de oír antes de hablar.

Murió la Vieja y fué enterrada en un lugar que, durante mucho tiempo, quedó señalado por una estatua.

Al cabo de los años al Adivino le faltaron fuerzas en el espíritu y por disimular su miseria se hizo cruel. Cometió injusticias, desoyó los consejos y olvidó las palabras posturas de su abuela. Engreído, mandó que el fuego de la choza fuera apagado. Cuando hizo esto, un rayo derribó la estatua de la Vieja y la piedra se esparció por la tierra como ceniza negra. Los dioses tutelares se agazaparon tras los montes y meditaron, con enojo, la materia de su venganza.

Todavía creció más el orgullo del Adivino. Una vez dijo a los ancianos de su consejo, estas palabras sacrílegas:

—Ningún dios es indispensable porque yo puedo hacer otros más recios, más sabios, más poderosos y de palabra más sonora.

Los ancianos, al oír esto, por penitencia, se quemaron los oídos con ceniza caliente.

El Adivino mandó hacer, entonces, una estatua de madera, para adorar al dios que imaginó. Ordenó luego que la pusieran sobre una

Dr. E. García Carrillo

Corazón y Vasos

CITAS EN EL TEL. 4328.

Electrocardiografía
Metabolismo Basal
Radioscopia

Si quiere suscribirse al
"Repertorio Americano"
diríjase a

F. W. FAXON C^o

Subscription Agents

83-91 Francis Str.

Back Bay

Boston, Mas. U. S. A.

hoguera. Pronto de la estatua no quedó sino un montón de ceniza. Mandó hacer otra de piedra. Dispuso que también fuera puesta sobre una hoguera. De la estatua no quedó sino un rimero de cal. Todavía mandó hacer otra de barro y la hizo poner también sobre una hoguera. Gozoso entonces vió que mientras más ardía más recia y más hermosa se mostraba. Al cabo de varias horas de arder, con el solo impulso del viento, vibró como si fuera de cristal.

El pueblo, reunido alrededor de la hoguera, creyó que la estatua hablaba. Y la adoró, sumiso. Desde entonces las gentes de Uxmal fueron llamadas: "las que adoran el barro".

Peró los dioses al ver que en los altares de Uxmal el Adivino había puesto la estatua de un dios falso, llenos de ira, decidieron vengarse y juraron la destrucción del reino. Y la destrucción llegó como luego se dice.

De tierras lejanas vinieron guerreros de corazón duro, de mano torpe. Cayeron sobre el reino y lo destruyeron todo. Lo que no destruyeron lo infamaron con sus pies. Uxmal desapareció.

Peró las gentes que saben dicen que la Vieja y el Adivino viven todavía y que vivirán años y años hasta que Uxmal recobre su antiguo esplendor. Dicen que viven en el subterráneo que va de T-Ho a Maní. Dicen que allí están sentados a la orilla de un río y que a los indios que pasan les ofrecen jícaras de agua y les cantan al oído canciones secretas que todos entienden pero que nadie revela jamás.

En Washington, D. C.,
Setiembre de 1949.

Con esta acreditada Agencia obtiene Ud. la suscripción al

Repertorio Americano:

The Moore-Cottrell

Subscription Agencies

Incorporated

North Cohocton, New York

"Equinoccio del sueño" de G. Humberto Mata

Es admirable la versatilidad de este gran poeta del Ande ecuatoriano: la multiplicidad de su obra literaria abarca desde la recia novela social (*Sumag Allpa, Sanaguin*), al romance histórico (*Cusinga: Capulí en lis*), desde la biografía histórica polémica (*El Doctor Espejo*) hasta la poesía pura (*Galope de Volcanes*), desde el poema épico (*Manuelita y Bolívar, Meridiano Leal a la España Miliciaria*) hasta la poesía de tono íntimo y amoroso, como su tomo *Dos Corazones atravesados de Distancia* y como este pequeño volumen, tan primorosamente editado por Casa de la Cultura Ecuatoriana: *Equinoccio del Sueño*. La imagen de una mujer llena todas estas estrofas de un amplio ritmo de abrazos y confesiones a media voz:

No más que una palabra yo quiero que la
[instales
a bordo de ese mundo mayor de tu regazo...

En seis poemas, románticos pero con un romanticismo de tono mayor, el poeta canta y loa a la mujer amada, poseído de un sentido pánico de la Naturaleza que lo lleva a identificarla con todos los más bellos y jocundos aspectos de la creación:

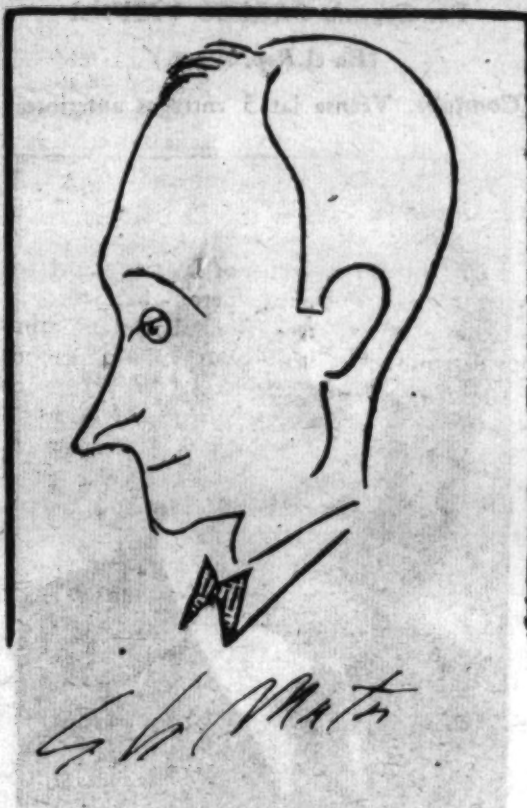
En el viento que llega en la proa de los
[pájaros,
ahí yo te sé mía.

Ciudad trinando sus pechos
sobre paisajes de miel,
las nervaduras del río
irrigan de sangre el cielo.

Verde líquido en maíz
esmeralda vegetal
del manchón de capulíes,
más el rojo del chirote,
con el blanco de la paja,
son los colores tan lares.
...Que a mí se me dan un pito
los rojigualdas de escudos...

Crepúsculos diluidos
con todo el malva y el lila
(Mujercita:
a qué su recuerdo viene
a tremolar su color
en mi emoción-adormida!),
crepúsculos destilados,
en donde la urbe semeja
verter la luz de su entraña
para enluzar los celajes.
Madrugada linda y limpia,
donde la luz no atesora
con su bruñir nuestras cosas,
sino sólo, solamente,
les va dando sus relieves
que prestigian a la aurora
a que su luz no sea tonta...
Mediodía, ancho y blancuzco,
regando sol y más sol,
sombrero toquilla puesto
a la corona de la urbel

Cuenca, ciudad morlaca,
que habla cantando en sus voces



G. Humberto Mata

(Visto por E. P.)

Mi morlaquia

(En el Rep. Amer.)

y el alma de mote blanco
hace su total sustento.
Cuenca... mi cuna de alma,
si todo yo me disuelvo
en tus arterias del campo!
Si todo yo te palpito
en los brazos de tus calles!
Si soy más morlaco, en todo,
que el plenipotenciario mote!

Cuenca, ciudad azuaya,
gran diamante azucarado
al dedo anular del Ande,
te gastas cosas tan tuyas...
hasta el río que te ovilla
de murmurios iriscentes,
de jabón de lavandera,
y del fregar permanente
del toquilla para hormarlo...
digo que hasta a tu río,
que te moja las enaguas
que las tiendes al Egido,
le has puesto nombre cristiano
a que remanse sus aguas
—ese bribón de Julián,
—el bergante Matadero!—
a que no haga torerías
en sus márgenes incautas
que huyen jugar con arena
a puente, castillo o choza...

Cuenca, con tu gran pulso,
con tu chorro poderoso
de tus arterias íntactas,
bien puedes ser el mañana
corazón en Ecuador...
Cuenca, morlaca y motera,
Cuenca que teje sombrero

En las ondas del río con trigales de espumas,
en el camino pródigo devanando horizontes
y en la palabra de eco que torna a mis oídos,
ahí yo te sé mía...

La masculinidad es la nota característica de toda la creación literaria de G. Humberto Mata, un tono de voz viril que no se amedrenta en la literatura ante el empleo de nuevas formas en sus vastas empresas y que no se arredra tampoco en la vida frente a ningún obstáculo por alto e impresionante que él parezca. Dos de sus obras (*Chorro Cañamazo* y *Tumulto de Horizontes*, 1935 y 1936, respectivamente), fueron confiscadas por las autoridades de su país: tal era el tono violento y apasionado de su contenido. Su reciente Biografía del Dr. Espejo es obra también de aguda textura polémica. Su "bolivarismo" encendido quedará vertido en el gran poema épico que en estos momentos prepara (en cuatro tomos) al Libertador y a Manuelita Sáenz. Hace unos años, en el Prólogo de su novela social *Sumag Allpa*, señalamos a Mata un lugar de primera fila entre los novelistas de América; hoy su *Equinoccio del Sueño* nos permite ubicarlo entre los mejores y más depurados poetas del continente.

Juan MARIN.

New Delhi, agosto de 1949.

(que los chazos, puro brutos,
para más su beneficio,
los llaman de Panamá...)
Cuenca, que en tu costado
derecho te pesa Dios,
y en tu ventrículo izquierdo
haces latir al Demonio,
que bien te presentarías
ante el mundo si educases
a tus cholos, impulsándolos
a que te den el progreso,
a que te lean y aprendan,
que más que en libros, ni nada,
se cultiva en tu cariño,
oyendo lo que tú dices
desde tu matriz de sabia.

Ah, Cuenca, si tú supieras...
con qué vigor impetuoso
yo habría de haberte amado
si hubieses sido mujer!
Y el piropo más fluído
hubiera estallado flor:
"Te quiero... te quiero, tanto...
Primero Dios, después Vos!"
Y si este decir ardiente
te hubiera sido chiquito,
entonces si te soltaba:
"Primero Vos, luego... nadie!"

De gana persiste, tierra
haber nacido mujer!

G. Humberto MATA,

Octubre 13 de 1937.

Don Luis ORREGO LUCO

APUNTACIONES BIOGRAFICAS

Por Eugenio ORREGO VICUNA

(En el Rep. Amer.)

(Concluye. Véanse las 5 entregas anteriores)

XX

LOS ULTIMOS DIAS

Caen las arenas en los relojes del tiempo y nada podemos retener, recoger ni recobrar. En la lápida de un hidalgo castellano se lee que sólo tuvo lo que dió.

"Sólo tengo lo que dió..."

Y así nuestras vidas, que van corriendo hacia el mar sin horizontes. De cuanto el Destino nos dió sólo fué realmente nuestro aquello que a otros pudo favorecer, aquello que trascendió en bien colectivo.

El autor de *Casa Grande*, de *Idilio Nuevo* y *Playa Negra*, el Ministro que propició con tesón incansable la ley de instrucción primaria obligatoria, el diplomático que laboró en defensa, no sólo de su patria, sino también de la paz entre las naciones de América; el general que con heroísmo derramó su sangre en defensa de una causa que creía justa, el ciudadano que cruzó limpiamente el escenario de su tiempo, tiene bien ganado su acervo espiritual.

Como el hidalgo de Castilla posee lo que dió. Y lo que dió ha sido mucho.

Corrieron en apacible serenidad sus últimos días. La pluma cayó de las manos cansadas, pero el espíritu alerta libraba las últimas batallas con la envoltura terrena. Vinieron los achaques, el mal del corazón se acentuó, sin que le valieran las curas invernales en Viña del Mar. En mayo de 1948 le sobrevino una bronconeumonía y a fines de setiembre violenta hipertensión, seguida con poca diferencia de otras dos neumonías, a la última de las cuales no pudo resistir. Pero la chispa se mantenía y un día en que Meche, su noble enfermera, le abanicaba para aliviarlo, dijo sonriendo: "Vean cómo yo, que fui siempre modesto, me doy ahora tantos aires..." Y hacia el final de la batalla, estas palabras pronunciadas valerosamente, sin amargura alguna, como hubiese podido proferirlas el día de Conchón: "Estoy vencido..."

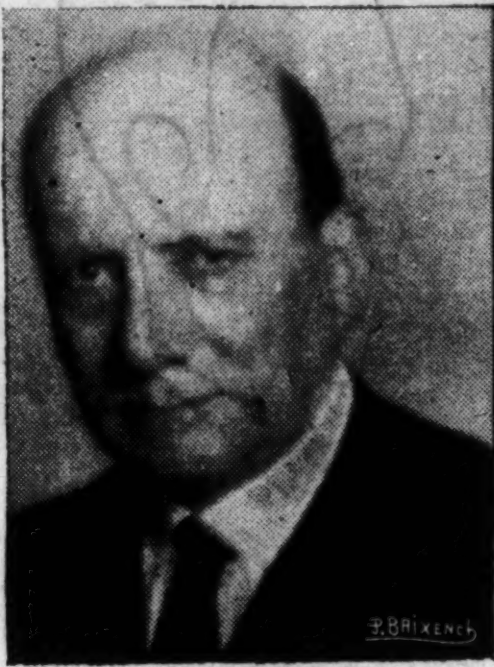
Realmente estaba vencido y fueron las últimas.

El viernes 3 de diciembre, a la una y cuarenta y cinco minutos de la tarde, rodeado de sus hijos y en el instante en que el Párroco de la Vera Cruz concluía las postreras oraciones de la Iglesia, su vida se apagó santamente.

XXI

"SU OBRA ES INMENSA..."

Junto a su féretro, el Presidente del Senado, don Arturo Alessandri Palma, pronunció palabras de justicia: "Su obra es inmensa, dijo, porque es la de un artista profundamente chileno, que analizó nuestra vida nacional en sus principales aspectos y supo retratar en forma acabada no sólo al mundo aristocrático en que había nacido y cuyos errores condenó con valentía, sino también al roto sufrido y trabajador, por el que tuvo siempre una simpa-



Luis Orrego Luco

tía noble, comprensiva y generosa". "Escribió novelas admirables, novelas que siempre figurarán con honor en nuestra historia literaria y debo afirmar, con profunda sinceridad, que Luis Orrego es a mi juicio nuestro primer novelista, el más ilustre y grande de todos; mayor que Blest Gana".

Añadió Alessandri en su hermosa oración fúnebre: "Y no sólo fué un gran escritor, sino también un gran ciudadano, un ciudadano ejemplar, que dedicó a su patria todas sus energías..."

Villavicencia, Villa María.
Diciembre de 1948.

Notas:

(1) El autor se vió obligado a salir a la palestra en defensa, no de su obra, que no lo requería, sino de los procedimientos empleados y de los sentimientos que animarán su gestación. En la *Historia de Casa Grande*, publicada en *El Mercurio* de Santiago el 6 de julio de 1909, dice Orrego Luco: "Me llovían los ataques en pos de las alabanzas, me insultaban, me calumniaban, me formaban eschelas en los bailes, y sentía en la atmósfera los signos que anuncian escenas tempestuosas..."

"*Casa Grande* —agrega en esa defensa que Omer Emeth calificó de brillante— no es la novela en clave que ha creído leer una parte del público por cierta mixtificación bien fácil de explicar; no se refiere a cierta dolorosa tragedia... y sus personajes, si bien reales, son enteramente diversos de los que se comenta sottovoce..." ("Esto —dice don Emilio Vaisse, a modo de acotación— empero, no impide que, en mi opinión, los personajes de esta novela sean más reales que la realidad misma").

"Ayudaban a esa acción perturbadora —añade el autor, refiriéndose a las falsas imputaciones de que era víctima— la innegable realidad de algunas anécdotas, de muchas fra-

ses y de no pocos perfiles cogidos del medio ambiente".

"Mientras se desencadenaba en contra mía una tempestad social; cuando todos se creían aludidos, dándose nombres de personas a quienes no conozco ni de vista y hasta cuya existencia ignoraba, pues era moda creerse retratado en *Casa Grande*; cuando se desconocía en absoluto mis propósitos y mis ideas; cuando una parte de la prensa me asaltaba, surgió de repente otro peligro. Mi libro se convertía en cuestión religiosa. Cierto respetables sacerdotes, cuyos méritos y virtudes soy el primero en reconocer, pero cuya infalibilidad tengo el derecho de discutir, encontraron que mi obra era inmoral y contraria a los principios de la Iglesia. La prensa católica se aprestó a combatirla y recibí la notificación en una carta hidalga y franca del director de *La Unión*, el hábil y distinguido periodista señor A. Cariola. A vuelta de algunas alabanzas generosas y acaso excesivas, a la parte literaria, colocándola junto a las mejores novelas de América, me decía: "¡Qué interesante, mejor dicho, qué emocionante!"

Del concepto equivocado de que *Casa Grande* encerraba alegato vigoroso a favor del divorcio, provinieron enconadas embestidas de elementos sectarios. "Guardé silencio —cuenta Orrego Luco— profundo silencio, en los momentos en que me asaltaban en todas partes convirtiendo mi persona en blanco de todo género de ataques y casi transformando mi modesto libro en cuestión religiosa, en ariete social que planteaba en Chile, por primera vez, la cuestión del "divorcio". Dijeron otros que era un libro de escándalo y de negocio, cuando no podían ignorar que se ha vendido "a precio de costo", sobre poco más o menos. Nadie me sacó de mi silencio: no pedía cuartel, ni trataba de explicar mis intenciones. El libro debía defenderse solo y en esa hora de prueba, de ataques despiadados y sin ejemplo en Chile, debía yo hacer la defensa interior y callada de la palabra evangélica: "No vacilemos... arriba Dios nos ve y nos juzga..."

Y agrega en ese histórico documento literario: "Pasará el tiempo, se calmarán los nervios de los que tengan algo de razonables y tranquilos. Muchos permanecerán injustos; acaso algunos mirarán con odio, ninguno con indiferencia, al autor y al libro de *Casa Grande*. Pero estoy seguro de que pocos, en Chile, podrán olvidarse del grito de agonía, de la emoción muy honda que brotan por sí solos de las páginas del libro y que corresponden a un estado del alma". "Y algunos meditarán sobre los problemas hondos y graves que comienzan a diseñarse en nuestra sociedad y en nuestra vida. Son semillas arrojadas al surco. Germinarán en su día, en un día de verdad y de justicia".

(2) Recojo del discurso del señor Lillo, algunos párrafos que estimo pertinentes para el mejor conocimiento de don Luis Orrego Luco.

"Era un niño cuando el Consejo de Instrucción Pública prendió en su pecho la clásica

(Pasa a la pág. 350)

Efigie de NERUDA

(En el Rep. Amer.)

"¡Que despierte el leñador!"
P. N.

Agrio dios, encendido en ballestas y voces,
Masticando sus víboras, masticando su lumbré,
Abierto como un ángel hirviente de sollozos,
Y un paisaje de trombas ceñido a las entrañas.

Sucesivo y tremendo fabricante marino,
Sumergido en azules ausencias clausuradas
Dispara sin embargo su abeja de congojas,
Y blande la implacable humedad de los mapas.

Deidad durable, poeta, lengua ya de estandarte,
Tumultuario, y soldado, y río de tristeza.
Venablo azul, mas luego cincelada amapola
En mitad de la aurora, del rocío y la espiga.

Una costa filuda de pálidos corceles
Serpea entre sus sienes y climas espantados,
Rasgándole el cosido la estrella de su Chile,
El congrio y la bandera, el himno y la simiente.

Maciza voz que rueda, morena y traspasada,
Por líquidas cinturas de intrépidas ciudades.
Voz de copla sin ojos, ave batalladora,
Sollamada en un auge de vegetales lámparas.

César ANDRADE y CORDERO.

Cuenca, Ecuador. 1949.



Pablo Neruda

"Alturas de Macchu Picchu" de Pablo Neruda, visión indiana americana

(En el Rep. Amer.)

"La poesía de Pablo Neruda se levanta con un tono nunca igualado en América, de pasión, de ternura y de sinceridad".

Estas palabras se encuentran en la presentación leída por Federico García Lorca en la Universidad de Madrid, en el año 1935.

"De pasión, de ternura y de sinceridad" es el tono del poema que Neruda —"poeta lleno de voces misteriosas", al decir de García Lorca— dedica a Macchu Picchu (*). Y por eso mismo pudo llegar este poema a ser una visión profunda, y expresión sublime y grandiosa, de los verdaderos fundamentos humanos en los cuales descansa el movimiento indigenista en América Latina.

Es esencial para la comprensión del poema de Neruda, que sepamos que el poeta sube a las Alturas de Macchu Picchu, solo después de un largo transitar por las tierras, y en medio de la espesa vulgaridad, "por calle y calle, y río y río, y ciudad y ciudad" (IV) (**), en búsqueda de los valores humanos permanentes, de "lo indestructible, lo imperecedero, la vida" (II), lo que es implícitamente, búsqueda de la muerte, pero no "de una muerte

pequeña, polvo, gusano" (III), sino de "la poderosa muerte" (IV), de la "muerte grave" (V) y "verdadera" (VII).

De búsqueda, pero también de desorientación, de desesperación, de soledad son los primeros cinco capítulos del poema.

¿Qué era el hombre? ¿En qué parte de su
[conversación abierta
entre los almacenes y los silbidos, en cuál de
[sus movimientos metálicos
vivía lo indestructible, lo imperecedero, la
[vida? (II).

El ser como el maíz se desgranaba en el
[inacabable
granero de los hechos perdidos, de los
[acontecimientos
miserables, del uno al siete, al ocho,
y no una muerte sino muchas muertes llegaba
[a cada uno:
cada día una muerte pequeña, polvo, gusano,
[lámpara
que se apaga en el lodo del suburbio, una
[pequeña muerte de alas gruesas,
entraba en cada hombre como una corta
[lanza... (III)

El poeta siente "la soledad más espesa"
(II) ante:

todas las falsas muertes y las resurrecciones
sin tierra, sin abismo...
y cuando poco a poco el hombre fué
[negándose
y fué cerrando paso y puerta para que no
[tocaran
mis manos manantiales su inexistencia herida,
entonces fuí por calle y calle y río y río,
y ciudad y ciudad y cama y cama,

y atravesó el desierto mi máscara salobre,
y en las últimas casas humilladas, sin
[lámpara, sin fuego,
sin pan, sin piedra, sin silencio, sólo,
rodé muriéndome de mi propia muerte. (IV).

Pero...

No eras tú, muerte grave, ave de plumas
[férreas... (V).

Era siempre la muerte, "falsa" (IV), "pequeña, polvo, gusano" (III).
¿Por qué? Y contesta el poeta:

un átomo del pecho que no vino al combate
o el áspero rocío que no cayó en la frente.
Fra lo que no pudo renacer, un pedazo
de la pequeña muerte sin paz, ni territorio...
(V).

Entonces en la escala de la tierra he subido
entre la atroz maraña de las selvas perdidas
hasta ti, Macchu Picchu.
Alta ciudad de piedras escalares...
Alto arrecife de la aurora humana.
Pala perdida en la primera arena.

Esta fué la morada, este es el sitio:
aquí los anchos granos del maíz ascendieron
y bajaron de nuevo como granizo rojo.

Aquí la hebra dorada salió de la vicuña
a vestir los amores, los túmulos, las madres,
el rey, las ovaciones, los guerreros...

Aquí los pies del hombre descansaron de noche
junto a los pies del águila, en las altas guaridas
carníceras, y en la aurora
pisaron con los pies del trueno la niebla
enrarecida... (VI).

(*) Hay dos ediciones: (1) *Obra Poética* de Pablo Neruda. Edic. Cruz del Sur, Santiago 1948. T. 10, p. 73-108. (2) Pablo Neruda, *Alturas de Macchu Picchu*, Edit. Librería Neira, Santiago, 1948. La primera es de pequeño formato y muy atractiva. La segunda es de gran formato, y magistral desde un punto de vista técnico, con ilustraciones de José Venturilli.

(**) Las cifras romanas al fin de una estrofa o palabra indican el capítulo a que pertenece.

En seguida, esa ha sido la voluntad del destino:

todo, ropaje, piel, vasijas,
palabras, vino, panes,
se fué, cayó a la tierra (VI).

Sin embargo,

...al tamaño
de vuestra magnitud
vino la verdadera, la más abrasadora
muerte...

...una permanencia de piedra y de palabra:
la ciudad como un vaso, se levantó en las
[manos
de todos, vivos, muertos, callados...
...la rosa permanente...

y cuando todo el hombre se enredó en su
[agujero,
quedó la exactitud enarbolada:...
la más alta vasija que contuvo el silencio:
una vida de piedra... (VII).

El reino muerto vive todavía. (VIII).

Madrépota del tiempo sumergido...
Cordillera esencial...
Cúpula de silencio, patria pura...
...dirección del tiempo. (IX).

Sube conmigo amor americano. (VIII).

Porque desde el principio, y ya lo sabemos, son la vida y la muerte verdadera del hombre que sufre el problema céntrico y esencial, problema supremo de nuestro poeta. Así llegamos al entendimiento del capítulo X:

Piedra en la piedra, el hombre, ¿dónde estuvo?
Aire en el aire, el hombre, ¿dónde estuvo?
Tiempo en el tiempo, el hombre, ¿dónde
[estuvo?

¿Fuiste también el pedacito roto
de hombre inconcluso, de águila vacía
que por las calles de hoy, que por las huellas
que por las hojas del otoño muerto
ve machacando el alma hasta la tumba?

Pregunta el poeta en forma hasta provocante:

Macchu Picchu, ¿pusiste
piedra en la piedra, y en la base harapo?
¿Carbón sobre carbón, y en el fondo
[la lágrima?
¿Fuego en el oro, y en él, temblando el rojo
goterón de la sangre?
Devuélveme al esclavo que enterraste! (X)

A través del confuso esplendor,
a través de la noche de piedra, déjame hundir
[la mano
y deja que en mí palpite como un ave mil
[años prisionera
el viejo corazón del olvidado!...
Sube a nacer conmigo, hermano. (XI).

En el capítulo XII llega el poeta al punto culminante de su visión indiana:

Sube a nacer conmigo, hermano.

Dame la mano desde la profunda
zona de tu dolor diseminado.
No volverás del fondo de las rocas.
No volverás del tiempo subterráneo...
Mírame desde el fondo de la tierra,
labrador, tejedor, pastor callado:

domador de guanacos tutelares:
albañil del andamio desafiado:
aguador de las lágrimas andinas:
joyero de los dedos machacados:
agricultor temblando en la semilla:
alfarero en tu greda derramado:
traed a la copa de esta nueva vida
vuestros viejos dolores enterrados...

Yo vengo a hablar por vuestra boca muerta.
A través de la tierra juntad todos
los silenciosos labios derramados
y desde el fondo habladme toda esta larga noche
como si yo estuviera con vosotros anclado,
contadme todo, cadena a cadena,
eslabón a eslabón, y paso a paso,
afilad los cuchillos que guardásteis,
ponedlos en mi pecho y en mi mano,
como un río de rayos amarillos,
como un río de tigres enterrados,
y dejadme llorar, horas, días, años,
ciudades ciegas, siglos estelares.

Dadme el silencio, el agua, la esperanza.
Dadme la lucha, el hierro, los volcanes...

Hablad por mis palabras y mi sangre.

Visión, o síntesis. Pero no síntesis romántica, contemplativa; sino síntesis realista, de acción.

Síntesis avasalladora, tanto por su dinamismo como por sus imágenes.

Oímos en alta voz aquellas "voces misteriosas" de las cuales está lleno nuestro poeta, porque han subido a la superficie. Y por todo eso, han adquirido categoría colectiva, en grado tal que sólo muy excepcionalmente podrá alcanzar aun la más objetiva penetración científica en los problemas americanistas, los que se nos presentan como los problemas del hombre en general.

Así el poema de Pablo Neruda se incorpora en las letras del Mundo como la Gran Epopeya Indiana Americana, "con un tono nunca igualado en América, de pasión, de ternura y de sinceridad".

A. LIPSCHUTZ.

En Santiago de Chile.
Setiembre de 1949.

Declaraciones de Pablo NERUDA

(En Rep. Amer. Como envío del Boletín de Prensa del Congreso Continental pro Paz, México, D. F.)

Las siguientes declaraciones fueron hechas por el poeta chileno Pablo Neruda, miembro del Comité Interamericano por la Paz, en su entrevista de prensa tenida con los periodistas nacionales y extranjeros en las oficinas del Comité Continental del Congreso por la Paz, a las 11 horas del lunes 29 del mes actual.

Sea mi primera palabra para hacer llegar al Presidente de México, señor Alemán, y al pueblo mexicano, mi saludo personal y la seguridad de que los que van a reunirse en el Congreso lo hacen representando las más profundas tradiciones de paz y de independencia de las naciones de América, arraigadas firmemente en la tierra que tuvo por honor haber sido la cuna de la revolución mexicana.

Cuando en el Congreso Mundial de la Paz, celebrado en París, se designó la ciudad de México como sede del Congreso Continental Americano, se hizo un reconocimiento a la tradición revolucionaria que el Gobierno de México ha recogido.

La simple convocatoria al Congreso por la Paz que ha de comenzar sus trabajos el día cinco de setiembre, ha tenido la virtud de atraer la adhesión de hombres e instituciones de las más opuestas tendencias y extracción sociales; los más altos valores del espíritu, las fuerzas políticas más progresistas y las organizaciones populares más representativas intervendrán en el Congreso. Podría decirse que unos, por intuición, otros por un riguroso examen dialéctico de los hechos, todos temen los peligros que nos acechan y están dispuestos a defender de ellos a América.

Nuestra América no está amenazada militarmente desde el exterior por ninguna potencia. Ningún pueblo americano desea la guerra. Los planes guerreros y la propaganda belicista son de responsabilidad exclusiva de un grupo de grandes mercaderes y traficantes de guerra y de sus cómplices en todo el mundo. Ellos

quieren beneficiarse directamente con el comercio de armas, extender su política de vasallaje económico y escapar a las consecuencias de la crisis que amenaza sus intereses, ensangrentando al mundo y comprometiendo hasta la existencia misma del género humano.

No tememos a los provocadores de guerras. Las fuerzas de la paz les están dando respuesta en cada punto del planeta. Nuestro Congreso Continental cuenta, inclusive, con una numerosa delegación de los Estados Unidos. Los belicistas se han lanzado a una aventura descabellada para ellos si piensan que los pueblos empobrecidos de Latino América van a matarse por la defensa de los privilegios de un puñado de explotadores. Nuestros pueblos han esperado en vano y por espacio de muchos años tener acceso al bienestar, a la salud y a la cultura. La única guerra que tiene verdaderos partidarios es la guerra contra la miseria, contra la esclavitud, contra la enfermedad, contra la ignorancia, contra los harapos. Esta guerra sí que movilizará a todos los habitantes, aunque se opongan los que lucran con los dolores colectivos. Tal es el sentido de nuestro movimiento: extirpar de raíz las causas de la guerra, que han permitido que durante una generación ya se hayan librado dos conflictos mundiales y se esté cínica y fría preparando el tercero, a la vista de todos y con un refinamiento de métodos y un empleo de recursos que jamás se han gastado para combatir los sufrimientos de la mayoría de la humanidad.

Ha bastado el solo anuncio de este Congreso para que personeros del Departamento de Estado hagan declaraciones que no pueden ser calificadas sino de insolentes e inoportunas y que constituyen un acto más de la política intervencionista de los antiguos enemigos de Roosevelt y de América Latina, que asoman de nuevo las cabezas. Yo pregunto a los periodistas aquí presentes, ¿qué valor tienen las declaraciones de algunos burócratas norteamericanos, directa o indirectamente pagados por

los monopolios comerciales, ante las espontáneas adhesiones de personalidades que son orgullo de nuestro Continente, como Lázaro Cárdenas, Gabriela Mistral, Baldomero Sanín Cano, Joaquín García Monge, Henry Wallace, Thomas Mann, Enrique González Martínez, Alfonso Reyes, Paul Robeson y Diego Rivera?, ¿qué paralelo cabe entre esos oscuros y anónimos instrumentos de las fábricas de armamentos y esta constelación de los más altos hombres de nuestra América? Junto a estos hombres, están los pueblos militando activamente en el movimiento de la paz y dispuestos a defenderla hasta con el sacrificio de las propias vidas. Es necesario que comprendan los instigadores de la guerra que nuestro movimiento por la paz no tiene parentesco alguno con el romanticismo pacifista y sentimental del siglo pasado, que tantas veces fué barrido y traicionado. Nosotros representamos una fuerza viva y militante que cuando llegue la hora saldrá a la calle a imponer la consigna de la paz. Somos soldados disciplinados de un gran ejército civil que impedirá la guerra.

Constatamos que la propaganda calumniosa, las diatribas oficiales, las conspiraciones diplomáticas, los obstáculos a la libre movilización de los hombres, no impidieron la celebración de los magníficos Congresos de Paz de Wrocław, Nueva York y París, donde seiscientos millones de hombres comprometieron su voluntad en favor de la paz. Igual sucederá con este Congreso cuyo éxito está ya asegurado. A los reaccionarios que pretenden acusar de inspiraciones extrañas e influencias soviéticas al Congreso de México, les contesto que la paz es una sola e indivisible. Los que están contra la paz, están contra la vida y contra el destino de los pueblos.

México, D. F. Agosto de 1949.

Unámonos por la Paz!

Por Lázaro CARDENAS

(En el Rep. Amer.)

El General Lázaro Cárdenas, ex-Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, Vice-Presidente del Comité del Congreso Mundial de Partidarios de la Paz, ha enviado el llamamiento que aquí aparece bajo el título de "Unámonos por la Paz!", al periódico del Comité Mundial Los Partidarios de la Paz, que se publica en París.

El llamamiento a la unidad en la lucha por la paz, lanzado por los delegados de millones de hombres y de mujeres reunidos en París, en el Congreso Mundial de los Partidarios de la Paz, representa la expresión consciente de la voluntad de los pueblos de elevarse por encima de las divergencias filosóficas o religiosas a fin de rechazar una tercera guerra inminente.

Los daños causados por la segunda hecatombe mundial, que destruyó, por millares, ciudades y centros de producción, poblaciones inocentes y sin defensa, aún no han sido reparados. Las promesas de autonomía hechas a los llamados países coloniales no han sido cumplidas; y todavía no se ha firmado la paz con todos los países vencidos, cuando ya los pueblos son víctimas de una propaganda incendiaria en favor de una nueva guerra, más perfeccionada, más desastrosa que la última.

Los pueblos se consideran justamente ofen-

didos y engañados cuando se pretende arrebatárles el fruto de la victoria, en lugar de mejorar sus difíciles condiciones de vida; cuando se pretende arrancarlos de nuevo a sus hogares para inmolarlos en provecho de los monopolios internacionales. Se olvida que las dictaduras militares nazi-fascistas han sido vencidas, porque pretendieron suprimir los derechos fundamentales del hombre, la libertad de asociación, las aspiraciones de los trabajadores y la independencia de los Estados.

Es urgente reconstruir la vida económica y social de los pueblos, de acuerdo con las cartas y los pactos internacionales cuyo resumen ha sido la Organización de las Naciones Unidas, siendo la alta misión de esta Organización Mundial la de supervisar y exigir, por encima de los intereses particulares, la realización de sus postulados.

No hay necesidad más imperiosa que la de aligerar las cargas fiscales que alimentan los preparativos de guerra. No es posible intensificar la realización de los planes de reconstrucción, ni suprimir la miseria, la ignorancia, las enfermedades, el abandono en que son dejadas las masas populares; en una palabra, no es posible realmente realizar obras de utilidad colectiva si los recursos gubernamentales y privados se utilizan en preparativos de guerra.

También es un hecho que la paz no podrá afirmarse en el mundo mientras la energía atómica sea puesta al servicio de la destrucción y no del bien social, y apartada de la vía

del progreso universal, porque los grandes inventos científicos deben constituir el patrimonio de la humanidad.

Estos sentimientos no son extraños a América que ha luchado, históricamente, por la eliminación de los medios de opresión, por la consolidación de su sistema democrático y por la integridad de su soberanía. Ella ha demostrado sus afinidades ideológicas al hacerse solidaria, activamente, en el combate contra las dictaduras totalitarias; al reconocer espontáneamente a las Naciones Unidas como la autoridad depositaria de un solemne compromiso de cooperación, de justicia y de armonía internacionales; al apoyar de modo activo la diplomacia franca y comprensiva del ilustre presidente Roosevelt, esa diplomacia que supo ligar al pueblo americano con los pueblos de la América Latina en la defensa de una misma causa.

Así, es a la vez un mandato de defensa vital de las naciones y un impulso elemental de fraternidad humana lo que nos hace responder al llamamiento del Congreso Mundial de los Partidarios de la Paz, lo que nos hace solidarizarnos con todas las agrupaciones que luchan por impedir que los pueblos sean arrastrados a un tercer conflicto mundial más desastroso aún que los precedentes.

A los provocadores, debemos replicarles con la unidad de las fuerzas pacifistas a fin de que la justicia, la fraternidad y la civilización reinen sobre todos los hombres y sobre todos los países.

Oración del campo

(En el Rep. Amer.)

Después de una jornada a través del río ingrato de la sierra, descendimos de nuestras cabalgaduras cerca a la casita blanca de un cortijo.

Frente a la puerta, descansando en un taburete de tiempos muy lejanos, con un bordón entre las piernas, un anciano departía con un niño.

—¿De qué hablará ese siglo con la aurora? —murmuró mi compañero de excursión.

Pedimos hospitalidad, y el corazón del viejo nos la concedió de modo inmediato y cariñoso. Sentimos en su acento, que va faltando en las ciudades, la bondad del campo: exhalaba la virginal fragancia de la tierra.

Bajo el fulgor y el silencio de la tarde quisimos oír y contemplar a aquel hombre de tiempos muy pretéritos: contaba poco menos de cien años, como nos lo dijo después. ¿Quién era? ¿Cuál el motivo de longevidad tan rara en un cuerpo todavía tan robusto?

—Ese magnífico ejemplar de resistencia al paso de los años es admirable. ¿Acaso corre por aquí la fuente de la eterna juventud?, observó mi amigo.

—Se lo preguntaremos, le contesté, que ya tendremos necesidad de sus aguas milagrosas.

Por de contado esperábamos escuchar la sencilla narración de un patriarca de aldea, que ignora que existe otro mundo más allá de las montañas que limitan aquel en que nació.

Nos acercamos a él y le insinuamos cortésmente nuestros deseos...

—Es muy justa la curiosidad de ustedes. nos dijo, interrumpiéndonos: el longevo se está extinguiendo en las comunidades urbanas, tanto como los árboles centenarios en los bosques circunvecinos.

Yo fui lo que ustedes, equívocamente, lla-

man "un grande de la tierra", en la pequeñez del medio en que nació. Eran abundantes mis riquezas y mi posición política y social muy alta. Habité palacios y muchos de mis días fueron de fiesta. Conduje hombres y obtuve victorias resonantes. Sentí la envidia de mis émulos y les respondí con el desdén. Fui por esos mundos, en más de una ocasión, como el soñador inmortal de la inmortal leyenda cervantina, montado en clavileño; sembré buenas acciones en los surcos de otras vidas; levanté muy alto a gentes que iban por el suelo; liberté de miserables ataduras económicas a algunos, dorados actualmente: casi todos, nuevos galeotes, me hicieron paladear el amargo sabor de la calumnia y de la insidia. Mi nombre no importa: es el de otros que fueron o son lo que yo fui, un cualquiera que se imaginaba todopoderoso. Si ustedes casualmente supieran cómo me llamaba en aquella vida, les suplico olvidarlo, como se olvidan los nombres de tantos que se fueron sin dejar historia.

Mientras hablaba, con su pierna inválida descansando en el taburete, iban pasando por sus ojos, cansados de mirar, recuerdos muy lejanos de su vida.

—Al final de aquellas horas en que hacía cuentas muy alegres, comencé a sentir el cansancio de la vida. En alguna ocasión de reconocimiento, dentro de los muros de mi residencia señorial, me encontré a mí mismo: cada una de las piedras con que edificaron este palacio, pensé, chorrea la explotación inmisericorde de campesinos y de obreros; en ellas dejaron muchos infortunados, con el sudor de su frente, lágrimas de sus ojos, sangre de sus venas y maldiciones de sus labios. Pensé que el sabor de aquellas piedras debía ser azas amargo.

Estas son construcciones de los hombres, me dije; índices que señalan el sufrimiento de los pueblos por milenios. La naturaleza, en cambio, trae a la ribera, en donde florece la esperanza y flota el ensueño, a los naufragos dolientes de la vida. Allí se sitúan de espaldas al pasado, en que arrastraron la existencia como entraña rota que escapara por amplia herida, y trabajan mirando el porvenir, renovador y fecundo. Porque la naturaleza es obra de Dios.

Palpita dentro de mí un recuerdo trágico que terminó por cambiar el curso de mi vida: como oficial de graduación muy alta fui llamado a integrar un tribunal militar que pesaba, como el hacha del verdugo, sobre la cabeza de un héroe. Expuse todos los argumentos consignados en la legislación penal, que no son muchos en nuestras dictaduras criollas y los de justicia elemental y verdadera, que son casi todos, contra la pena de muerte en general y en favor del acusado en particular. Para terminar invoqué el más común, tantas veces repetido, pero siempre formidable: la posible equivocación en la condena. Dreyfus y la Isla del Diablo constituyen un símbolo eterno de infamia, les dije, que debiera figurar en las salas de justicia, al lado de la Diosa Ciega y su balanza, para recordar a los jueces que son hombres.

Destrozada la Justicia por la Ley, que asesinó al patriota acusado de conspiración contra un régimen de oprobio, me retiré definitivamente de los hombres y me acerqué a Dios en la placidez del campo. Y aquí me he sentido el que soñaba vagamente en mis ansias dolorosas de sosiego.

Abrí el surco con mis manos y lo regué con el sudor de mi frente. Cuando la cosecha generosa llegó a mi mesa convertida en pan, éste me pareció mucho mejor que el que saboreaba en mis opíparos banquetes de otros tiempos: era el producto de un esfuerzo honrado; contenía algo que no se compra con todo el oro guardado en las cajas de los bancos, un rayito de la luz que divinizaba el que Jesús partía en las cenas apostólicas, el mismo que alumbraba en la mesa y en el corazón de todos los humildes trabajadores del mundo.

—¿No cree usted que la civilización nos ha dotado de un sentido más amplio y más certero para comprender las grandes verdades de la vida; que el hombre de hoy es menos imperfecto que el hombre antiguo; que los sabios comprenden mejor la existencia o la ausencia de Dios que quienes viven en el desierto intelectual de los campos?, le observó mi compañero.

—Probablemente los sabios comprenden mejor la existencia de Dios que el resto de los hombres; la ausencia de que usted habla, no pueden comprenderla, sencillamente porque esa regación excluye la sabiduría, contestó el anciano de modo rápido y solemne. En cambio, los hombres de conciencia limpia y corazón sencillo lo sienten mejor y más cerca, porque lo encuentran en la naturaleza, radiante y desnuda como la mujer del Paraíso; libre de la túnica dorada con que la civilización oculta su inmortal belleza.

—Que el hombre de hoy es menos imperfecto que el antiguo, es opinión que choca con la realidad histórica, sobre todo en su aspecto moral: el habitante actual de los palacios y el que habitaba antaño las cavernas llevan dentro el mismo lobo de que nos hablaba Plauto. Si lo duda, escuche ese grito de espanto que emerge de los cuatro rumbos del planeta: es la Humanidad la que clama inútilmente en ese



Es esta la columna miliaria del *Repertorio Americano*. En ella inscribimos los nombres de suscritores y amigos que por años, hasta el final de sus días, lo recibieron y lo estimaron.

¡Mantenedores de cultura fueron!

miserere que asciende al Infinito, como una tromba de lágrimas, de sangre y odio; la que clama en esa locura que enrojece los ríos y los mares, convierte las ciudades en pavesas y abre abismos seculares entre pueblos hasta ayer hermanos! Es eso... ¡la segunda guerra mundial, la que me está dando la razón!

—No clamo torpemente contra el progreso; sencillamente me conduelo de las aplicaciones malsanas que de él se hacen.

La agonía de la tarde regaba el cielo de rubíes y poblaba de trinos la arboleda.

Frente a aquella prodigiosa sinfonía de notas y colores, que ocasionaba el deslumbramiento del milagro, el anciano exclamó: ¡Qué grande es Dios!

Olvidó en este punto el relato de su historia, y en la blancura de su barba tembló el éxtasis que inspira lo grandioso.

—¿Has visto a Dios alguna vez, abuelo? —le preguntó el niño.

—¡Muchas! —le contestó el anciano.

—¿En dónde?

—¡Escucha! ¿Quién construyó esa cerca que tenemos por delante?

—Pedro —respondió el niño.

—Cuando hemos visitado las heredades de nuestros vecinos y hemos visto otras cercas, ¿quién piensas que las ha construido?



Patio

(Por Felipe Orlando)

—Pedro —repitió el inocente— imaginando que todos los peones se llamaban como el de su cortijo.

—Puede llamarse Pedro o Juan el constructor. Lo que importa que comprendas es que no se hicieron por sí mismas.

—Ya comprendo.

—Esas flores blancas como estrellas de plata que salpican el verdor de la pradera y esas estrellas como flores de oro que constelan el espacio azul, ¿quién las hizo?

—Eso sí que no sé, abuelito.

—No fué el hombre, incapaz de contruir un sólo átomo de materia: son las huellas que Dios dejó a su paso. ¡Allí lo he visto, muchas veces!

El manto de rosa que cobijaba el mundo iba cediendo al ropaje de tinieblas de la noche; las voces que se apagan con el día al rumor de la oración, que en el ave es canto y en el astro, luz.

—¡Arrodíllate y ruega, hijo mío! —dijo en anciano a su nieto. ¡Ruega por los que lloran y por los que mueren! ¡Por los que matan y hacen llorar!

—¿Para que Dios los castigue, abuelo?

—No, hijo; para que los redima. Esos desgraciados que, como carbones siempre encendidos, van abrasando vidas inocentes, en más de una ocasión se transmutan en diamantes, purificados por el sufrimiento o iluminados por el fulgor inefable de los buenos y los justos.

—¡Ruega por ti!

—¿Le pido un caballo o una estrella?

¡Pídele algo mejor! ¡Pídele que tu nombre nunca vaya unido al dolor que causan los malvados! ¡Que los infortunados que llamen a la puerta de tu casa, te bendigan al marcharse! ¡Que aunque vivas tantos años como he vivido yo, te conserve siempre lo mejor que ahora llevas dentro de ti: el corazón inviolado de un niño! ¡Que cuando te vayas de este mundo y llegues hasta El, puedas mostrarle tus manos limpias de sangre derramada por tu culpa y de manchas que dejan los dineros mal habidos!

—¿Vacías, entonces?

—No, llenas de luz, porque en ellas florecerá el bien que sembraste en los surcos del camino!

Aquel niño de rostro angelical, postrado en la llanura inmensa, juntas las manos, los ojos suplicantes mirando al Infinito, encarnaba el vuelo azul de una plegaria.

—Frente a esa inocencia sonrosada, ascendiendo al cielo por el hilo de luz de una oración, se avasallaban las conciencias más incrédulas! —murmuró mi amigo con acento en que vibraba un fervor tan hondo y una aspiración tan alta, que imaginé que era otra la persona que hablaba de esa suerte.

Aquella alma blanca que inundaba el ambiente de pureza, porque era la de un niño; las palabras del anciano golpeando en nuestro espíritu con la solemnidad de un siglo de verdad y de justicia; la hora impregnada de misterio, nos hicieron comprender que estábamos muy cerca del Señor.

Poseídos de estupor sagrado; sintiendo que atravesaba nuestras almas el frío que Job sintió una vez, le pedimos entonces, como se lo estoy pidiendo ahora, que nos concediera la bondad inextinguible de su gracia.

V. MEJIA COLINDRES.

En San José de Costa Rica,
Setiembre de 1949.

Temprano de la mañana, una brisa fresca en la piel y el pensamiento, mirando el cielo y añosos árboles gigantescos que me contemplan bellos, me digo: La contemplación, el indagar dentro de sí es lo más bello de la vida! Pero —oigo la sinfonía de un cardenal que llama y vuelve a llamar— feliz! no, no hay como su canto! No hay como el arrebatado al ver ese aeroplano que sereno cruza el firmamento. No hay como estas gladiolas hermosas al alcance de mi mano... como este temblor interno que sacude el alma al plantarme frente a frente. Todo esto es el hombre y el hombre es su pensamiento y su pensamiento es su lenguaje. Si sube a los labios con el acento de España o de Sajonia.

España —madre cuna que esparció su palabra por el mundo. ¡Español! Se vuelca un cántaro de memorias y sonidos — Madrid, Sevilla, Alcántara, Guadalquivir, veo sus danzas, su gente, narices aguileñas, ojos negros, la peineta en la trenza, la sonrisa en la boca. Lazarillo de Tormes, Gil Blas de Santillana, mi Don Quijote — Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno... los días enteros leyendo, las noches que a escondidas leía. Detrás de la biblioteca, debajo de la cama, en el árbol de naranjas, en la escuela, caminando! Todos aquellos innumerables libros de poesía: Alfredo de Musset, Jorge Sand, Byron, Silva, Darío, Balzac, Tolstoi, todos — todos!, libros que por venir de la biblioteca de mi padre y de mi tío era amplia, sabia, escogida. No comprendía entonces que era la mejor literatura del mundo, leía porque era el respirar de mis pulmones. Sin el libro no vivía.

Cuando fui transplantada de mi tierra cálida, de mis montañas a tierra extraña, mi rebelión fué grande y por dos años rehusé ir a la escuela. Dos años que impelida por esa hambre y sed constante de leer, me vi obligada a tomar libros en inglés. Al principio no entendía nada. Buscaba aquellos libros que conocía en mi lengua — y poco a poco todo estaba ante mis ojos claros — nunca busqué un diccionario, la intuía — en aquellos dos años de devorar incesante la literatura mundial en inglés — la reconocía — pero a pesar de que comprendía no sabía hablar. Pronunciaba como leía. ¡Qué horror! No comprendo cómo nadie me entendiera cuando desesperada por el ansia de aprender esta lengua que ahora era tan mía, como la de mi madre, decidí ir a la escuela. Llegué y comencé entonces a escribir poesía. Tomé todos los cursos de inglés, lo otro no me importaba, a insistencia de mi padre asistí a clases de historia, geografía, mecanografía, etc. Me cogió pasión loca por escribirle y durante diez años me dediqué por completo a esta maravillosa lengua. Un día de repente la sentí esclava a mi pensamiento, dueña y señora. La abandoné y comencé otra vez a leer solamente en español. ¡Cómo me rebotaba el corazón el retornar, fué entonces cuando comencé a publicar versos en ella! ¡Lengua nativa, niñez, candor, limpias aspiraciones, sueños, amor de siglos — sangre de mis venas! Poco a poco vi que unos días me tendía por un sendero — otros volaba en otro. A veces la satisfacción íntima de mi mente residía en una lengua, otros en la otra. Mi escritorio contenía cuadernos escritos unos en inglés otros en español. A veces, meses después de sentir y escribir algo en inglés, sin pensarlo brotaba en español. Otras solamente el español era capaz de darme regocijo, interpretación de un sentimiento. Por esa razón la obra se mantuvo original en cada lengua. El ritmo mental de cada una es singular y único, casi se puede decir, opuesto. El es-

pañol es para mí el agua. Fuente maravillosa, senido, melodía clara, vivificante — y como el agua refleja apacible o clama como un mar. El inglés es montaña, peñascos áridos, roca inmovible, riscos que rasgan los cielos! Bañada en árboles y cantos de pájaros, el águila en la cumbre. Fuerte, indiferente, conmovedora. Una ternura eterna, la otra fuerza! A veces siento las dos fuerzas del universo, masculina y femenina enlazadas como lo somos por el amor en cada una de ellas. Psicología interesante esta de la creación, el germinar y brotar del lenguaje! Mi padre me decía: "Nunca cometa el error de confundirlas, estudie a fondo, lea en voz alta, adquiera un vocabulario tan amplio en cada uno, no se diga usted esto se dice mejor en inglés o en español".

"Cada una es suficiente en sí, porque cada una tiene su causa, su entidad, ha servido siglos a una raza, a un pueblo. Es verdad que las lenguas se modifican, adquieren nuevos vocablos, cambian la pronunciación, que palabras mueren o nacen, y por eso es necesario estudiar, intuir qué es cambio y qué prostitución de la lengua. En muchos casos el escritor, el poeta sobre todo, enriquece, crea lengua nueva". Sonriendo — "Ya le dirán a usted o que traduce de una a la otra o que no la conoce; no le importe, recuerde que usted es una precursora del escritor de este continente que manejará dos o tres lenguas como propias".

No he querido la elaboración del pensamiento en mi obra; ser clara, límpida, ha sido mi motivo, comprendiendo que el ansia de ser diferente enturbia la voz de muchos modernos. No he querido usar el diccionario de inspiración. En el goce mismo de conocer la lengua se usa el diccionario, se aprenden las palabras, pero la palabra no se debe usar si no se siente, si no lleva consigo asociaciones íntimas. Usar la palabra simplemente como palabra, por

ser esotérica, fantástica, desconocida, es mostrar lo poco del espíritu. Las palabras se usan como violines, por sus sinfonías, cuerdas que llevan ecos de recuerdo — como flores conocidas enlazadas en colores. Como estrellas con luz propia que destellan — como luciérnagas que a veces nos miran y otras se esconden. El lenguaje es una fase de lo complejo que es el ser humano.

Cuando volví a Costa Rica después de una ausencia de muchos, muchos años, invariablemente a los pocos minutos de conversación con amigos o familiares, se me decía: "—Pero no tiene usted acento ninguno, habla como si nunca hubiera salido de Costa Rica, no está metiendo palabras de inglés como lo hacen tantas gentes que vuelven después de dos o tres años de ausencia".

Papá y yo nos mirábamos. Cómo era posible para mí, hija del mejor maestro de la lengua, olvidarla, ajarla, insultarla; la amaba y la usaba con cariño. ¡Cómo era posible cuando en mi casa no se habló de vos, para no contaminar el verbo! Cuando papá nunca nos dejó decir zacate por césped, mecate por cuerda, borona por morona, etc., etc. No porque no reconociera la palabra como lengua americana, sino porque decía: "—Ustedes aprenden todo eso fuera de casa, aquí lo dicen correctamente, a lo español". Para mí al volver a mi patria el deleite era usar expresiones, vocablos que no había usado en tantos años! Comer chicharrones, chorizos, caminar en las calles recordadas y hablar mi lengua era todo uno! Muy mío. La lengua no es muleta! Es el avión del espíritu, dos lenguas amadas, comprendidas, son dos pares de alas prendidas a la espalda y se lanza uno al azul con toda el alma usando las unas o las otras, al antojo, al azar, determinadamente, consciente.

En Milwaukee, Wis. Setbre., 1949.

Sentir, pensar, hablar!

Por Fresia BRENES de HILAROV

(En el Rep. Amer.)

Sembremos

(En el Rep. Amer.)

Sembremos todo el campo de robles y de pinos
para cubrir de barcos los anchurosos mares,
y sembremos naranjos en todos los caminos
para llenar nuestra alma de blancos azahares.

Sembremos sombra amiga para los peregrinos,
para los que nacieron sedientos de cantares
y como si llevaran al hombro sus destinos
caminan agachados cargando sus pesares.

Sembremos para el hombre que nos da su cariño;
para el hombre que goza y para el hombre que llora;
para los que nos fingen que son nuestros amigos...

Sembremos las sonrisas que necesita el niño
y llenemos con ellas el cesto de la hora
para obsequiarles flores a nuestros enemigos.

J. Francisco VILLALOBOS ROJAS.

Zapote, San José. Setiembre de 1949.

(Viene de la pág. 344)

ca medalla de oro de los vencedores, por su estudio "Causas mediatas e inmediatas de la Independencia de América".

"Sus libros estudian preferentemente las clases sociales elevadas, de cuyos usos y modalidades se manifiesta un profundo y cabal conocedor, según el testimonio de sus amigos y de sus críticos. Pero es admirable que pueda pintar con tantos visos de realidad la vida de ciertas residencias de familias modestas y las casas de pensión de los estudiantes, que sólo visitara de ocasión".

"Se le ha criticado su amor entusiasta por las descripciones de locales, mobiliarios y artefactos, y sobre todo de los trajes y adornos femeninos que jamás pasa por alto. Sin embargo los que hacen estos reparos deben tomar en cuenta que ha prestado, con sus observaciones agudas sobre esta materia un gran servicio a los escritores de ahora. En estas minuciosas descripciones de locales, de muebles y vestidos tenemos la evocación de la vida familiar y social de la aristocracia santiaguina hecha por un artista y por un hombre de mundo".

"Pero por sobre todas estas características sobresale la de su valor y sinceridad para exponer la decadencia y la descomposición de las clases altas".

"Orrego Luco no es un redentor del pueblo, como los que tan abundantemente aparecen en todas partes; es un redentor que corrió los mayores riesgos sin tener en su favor ninguna de las ventajas de la popularidad. El tuvo como recompensa, únicamente los ataques y las reclamaciones de las gentes de su clase, que le acarrearón mil disgustos y sinsabores, y la indiferencia de los de abajo que no se preocupaban de lo que sucedía en las alturas".

ANEXO

DISCURSO DE DON ARTURO ALESSANDRI PALMA ANTE LA TUMBA DE DON LUIS ORREGO LUCO (Diciembre 4 de 1948)

Señores:

En nombre de la Academia Chilena, cuyo seno honraba con su magnífica inteligencia y su vasta y admirable obra de escritor, vengo a despedir a Luis Orrego Luco, figura insigne y preclara, no sólo de las letras chilenas, sino de la literatura toda de este vasto mundo que es la América.

Su obra es inmensa porque es la de un ar-

tista profundamente chileno, que analizó nuestra vida nacional en sus principales aspectos y supo retratar en forma acabada no sólo al mundo aristocrático en que había nacido y cuyos errores condenó con valentía, sino también al roto sufrido y trabajador, por el que tuvo siempre una simpatía noble, comprensiva y generosa.

Escribió novelas admirables, repito, novelas que siempre figurarán con honor en nuestra historia literaria, y debo afirmar, con profunda sinceridad, que Luis Orrego es a mi juicio nuestro primer novelista, el más ilustre y grande de todos; mayor que Blest Gana. *Casa Grande*, por ejemplo, es una obra que tuvo un éxito inmenso cuando se publicó y continúa teniéndolo hoy y lo tendrá siempre, porque posee méritos artísticos y un valor histórico, como retrato de una sociedad y de una época, que difícilmente podrán ser igualados.

Su última novela, *Playa Negra*, publicada hace apenas un año, me conmovió profundamente, y yo escribí en *El Mercurio* un extenso estudio para analizarla, para examinar, alabar y aplaudir toda su belleza. Y esta obra, verdadero canto de cisne, revelaba que las dotes imaginativas, el conocimiento profundo del corazón humano, conservaban en la tarde de su vida toda la profundida y el encanto de la juventud.

Y no sólo fué un gran escritor, sino también un gran ciudadano, un ciudadano ejemplar, que dedicó a su patria todas sus energías. Luchó en defensa de la constitución y de la ley en los campos de batalla, que se tiñeron con su sangre generosa, ganándose en buena lid el grado de General de la República, que el Gobierno le reconoció justicieramente más tarde. Fué parlamentario brillante, Ministro de Justicia e Instrucción Pública, cargo en que le correspondió el honor de impulsar la ley de instrucción primaria obligatoria, cuya dictación se le debe en gran parte. Más tarde fué Embajador y ministro diplomático en varios países amigos, donde dejó honda huella de su capacidad extraordinaria.

Me unía a él una íntima amistad que duró toda la vida y debo recordar que juntos hicieron muchas campañas en beneficio del país.

Por eso he venido, en representación de la Academia Chilena, a despedir sus restos con honda, inmensa y viva emoción.

¡Luis Orrego Luco, se abren para ti las anchas puertas de la inmortalidad y sobre tu figura caen ya los rayos de la gloria!

CARMEN LIRA en mi recuerdo

(En el Rep. Amer.)

Tengo que confesarle a don Joaquín García Monge, que abro con pavor los paquetes de *Repertorio Americano*, porque temo encontrar en sus números una nueva columna miliaria. En efecto, en poco tiempo desaparecieron Roberto Brenes Mesén, Mario Sancho y Carmen Lira, que vivió en México su postrera etapa de existencia, muriendo de nostalgia por Costa Rica, país tan amable para todos sus hijos, que no he conocido ninguno que no suspire de nostalgia en el extranjero, por él.

Me tocó contemplar en la Capital azteca, por ejemplo, a Moisés Vincenzi, llevado allá por Vasconcelos, con buen sueldo y magníficas perspectivas, suspirando bajo las fraza-

das, en la "Pensión Francesa" de Mme. Tourillon, por la patria remota, que por lo que decía entonces, no le había tratado con generosidad.

Conocí a Carmen Lira en San José, recién llegado de Europa, cuando finalizaba la primera guerra mundial. La fui a buscar al "Edificio Metálico", donde daba clase a un grupo de pávelas, para pedirle colaboración para un folleto de homenaje a Francia. Me la habían dado ya el Dr. Fernández Ferraz, Rómulo Torvar, Ernesto Martín, Luis Dobles Segreda, Alejandro Alvarado Quirós, Ramón Zelava, entre los prosistas, y Rogelio Sotela, Agustín Luñán, Adóbal Villalobos, Humberto Zamora

AHORRAR

es condición sine qua non de una vida disciplinada

DISCIPLINA

es la más firme base del buen éxito

LA SECCION DE AHORROS

del

BANCO ANGLO COSTARRICENSE

(el más antiguo del país)
está a la orden para que usted realice este sano propósito

AHORRAR

Elizondo y Julián Marchena, los poetas.

Recuerdo como cosa de hoy, que le estaba enseñando a recitar, para una fiesta próxima, a una de sus alumnas, la composición *Al mercado*, de Aquileo J. Echeverría, que comienza así:

*Luciendo el cuerpecito
que Dios le ha dado,
su boquita de grana,
sus ojos pardos,
y su talle flexible,
sus pies enanos,
va la bella Carmela,
la del Naranjo,
con su limpia canasta
colgada al brazo,
a comprar las verduras
en el mercao.*

El folleto en referencia lo editó la casa de Falcó y Borrásé, y llevaba en la portada el retrato de la artista dramática, Claude Ritter, estrella del "Teatro de la Porte Saint Martin", de París, amiga mía, que imitando el gesto de *La Marsellesa* de Rude, trebolaba la bandera gloriosa entonces de Francia. Le puse prólogo para ejercer una pequeña venganza contra los expresidentes don Cleto González Víquez, don Ascensión Esquivel y don Ricardo Jiménez Oreámuno quienes, con distintos pretextos, se negaron a firmar el manifiesto de los aliadófilos costarricenses, que redactó el Dr. Elías Jiménez Rojas.

Carmen Lira no quiso contribuir con nada alusivo a la toma de la Bastilla (el librito iba a aparecer el 14 de Julio), por los motivos que explicó en el ensayo referente a Renán, que tuvo la amabilidad de dedicarme. Para suerte mía y de la literatura costarricense, es de lo más emotivo y hondo de la escritora, que hoy lloramos —muerta en olor de celebridad notoria—. Si tal ensayo hubiera salido de la pluma de un *cher Maitre* del "Instituto", hubiera sido declarado, sin ambages, obra maestra.

No le tuve que dar muchas vueltas a *Chabela* para obtener el cumplimiento de su promesa: el día fijado recibí la colaboración solicitada. Cuando me la entregó, le di una ojeada —a riesgo de parecer mal educado— y me

sentí orgulloso y satisfecho: lo primero, porque había sido la causa ocasional de ella, lo segundo, porque era, sin duda, la más preciosa gema de la corona lírica dedicada a Francia.

Hubo un punto en que la autora y yo discentimos, sin embargo: aquél en que aseguraba, interpretando quizás demasiado literalmente el pensamiento del arcángel rebelde de Tréguier: "que la belleza, es un dón de tal manera superior, que el talento, el genio, la virtud misma, no son nada a su lado, de suerte que la mujer verdaderamente bella, tiene el derecho de desdeñarlo todo..."

Mirándome a los ojos, fijamente, como para leer mi pensamiento, agregó:

—Usted sabe que eso es verdad, no sólo porque viene de París —metrópoli de la belleza femenina— sino porque lo he visto *jalandó* con una muchacha muy hermosa, que siempre que pasa delante de mí, me recuerda a la Mme. Recamier, inmortalizada por David.

Poco, muy poco, volví a saber de Carmen Lira, tras de los meses vividos en San José. Noticias directas no las tuve nunca, pero leía —muy de higos a brevas— colaboraciones suyas en *Repertorio Americano*, que es la publicación, que sin proponérselo, une espiritualmente a los escritores hispanoparlantes. Un día vi un comentario relativo a la traducción hecha por Isaac Goldberg, profesor de la Universidad de Boston, de un cuento folklórico de mi olvidada amiga.

Me la recordó también, en San Salvador, Gabriela Mistral, llegada de Costa Rica, quien delante de Julio Enrique Avilá, me habló de Carmen Lira como de la escritora representativa de Centro América, por la fidelidad con que traducía en su prosa madura, de precisión matemática, lo que le sugerían el paisaje, las costumbres, las tradiciones, cantos y danzas de su tierra natal.

Parece que años más tarde satisfizo el anhelo de vivir en París. Ignoro qué estudios realizó en Lutecia, ni quiénes fueron sus amigos en la Sorbona. Es indudable que el espectáculo de la mujer moderna, interesada en la política, obró sobre su espíritu, corvitiéndola de contemplativa en luchadora. Juzgo que ese cambio de rumbo fué cosa lamentable, porque el artista se debe a su tarea, que exige total consagración y serenidad: así lo comprendió Erasmo, que fué el humanista perfecto.

Carmen Lira ES, sin duda (puesto que sigue viviendo en la memoria de los que la aman), uno de los valores más firmes de Costa Rica: su prosa clara, fluyente, rotunda, se puede hombrar con la de Gabriela Mistral y dentro del ensayo filosófico, sólo tiene una rival: la de la chilena Amanda Labarca Hubertson. Lo único de ella, que conozco a fondo, *Las fantasías de Juan Silvestre*, basta y sobra para inmortalizarla.

Mario SANTA CRUZ.

Bogotá. Setiembre de 1949.

Esto les cuento...

(En el Rep. Amer.)

ESE BANDIDO GORGOJO...

Nos hemos reído sabrosamente escuchando a ñor Andrés, contarnos lo que le sucedió con su troje de maíz. Su troje, digo, pero era un estañón que repletó de maíz y lo tapó perfectamente, no dejó ni un agujero, ni la menor rendija... y al ir a sacar su grano para lograr los buenos precios se encontró con... harina y robustos gorgojos que, risa y risa, lo volvían a ver.

Enfurecido tronaba contra los bandidos gorgojos... y tenía razón.

Un compañero que escuchaba la historia exclamó: Pues sabe, ñor Andrés, que casi siempre el gorgojo va oculto en el grano... aunque usted no lo crea...

Y así debe de ser... por lo que a ñor Andrés le aconteció.

¡LA ULCERITA, SEÑOR!
¡LA ULCERITA!

Así exclamaba el pordiosero, mostrando la fierna enferma al bondadoso señor.

—Toma, le dijo, dándole una moneda y ahora dime: ¿Por qué no te curas?

—¡Ay, señor! Si yo le hago caso a usted y acepto su consejo y la úlcera se sana... ¿cómo haría después para seguir implorando caridad?

Es empresa reproductiva mantener la úlcera abierta y pestilente, pero... ¿y si llegara a progresar y se produjera una gangrena?

Bueno... pero mientras eso sucede las morcillas van cayendo mansamente.

TORTA DE MAIZ DULCE...
CON SAL Y PIMIENTA

Leía por allí que Chaplin, una vez y para publicidad, hizo preparar una sopa de cham-

pagne que, debía servirse en una comida de la película. Un humorista americano, al comentar el complicado manejo de los políticos del mundo, planes y alianzas, dice que están confeccionando una torta de maíz dulce con sal y pimienta y nos cuenta:

"La familia White, compuesta de 6 miembros, está aburrida de comer lo de siempre, que aunque nutritivo y sabroso, era... viejo y trillado.

En la conformidad con las ideas de la época, "atomic ideas" como ellos las llamaban, era urgente inventar algo nuevo, extraño y atractivo en las comidas.

Con cualquier motivo inventaron una fiesta: el aniversario del nacimiento de Hunter, el perro de la casa. Invitaron a los vecinos; hubo alegría y comilona y a los postres se sirvió la torta.

Todos hablaron muy bien del manjar, lo probaron y... lo dejaron.

Concluida la fiesta, los autores del desaguisado comentaron el asunto:

Nadie quiso hacerse responsable del fracaso y cada uno le endilgaba al otro "lo malo de la torta".

Nosotros agregamos, únicamente, que más de una torta similar a la de "sweet corn with salt and pepper", hemos visto confeccionar... y casi siempre... nadie ha querido aceptar la "paternidad" del poco grato manjar.

¡PERDIDOS... EN LA MONTAÑA!

Pocas cosas hay más desconcertantes que sentirse perdido en medio de un bosque.

Dicen las gentes que después de un rato, el hombre que da vueltas y vueltas y no puede salir al camino... ¡se hace loco! Y están en lo cierto.

Allá por 1910 u 11 sufrí esa dolorosa experiencia.

Era mecánico y manejaba un aserradero en la línea del Atlántico.

El patrón había comprado un bosque virgen de 250 hectáreas y deseaba darse cuenta de la probable riqueza en maderas para iniciar la explotación, porque ya, en sus propios terrenos, las buenas calidades estaban agotadas.

Un domingo, muy temprano, en buenos caballos salimos: el patrón, un peón acompañante y yo.

Como siempre, íbamos armados de escopeta y cuchillo... ¡pero sin brújula!

Dejamos las bestias al principio de la montaña e iniciamos la inspección.

Viendo aquí, midiendo allá, calculando más allá... pasó el tiempo.

Como a medio día pensamos en el regreso, teníamos hambre.

Esa fué la dificultad.

Creendo que íbamos bien, a cada uno le parecía que el rumbo seguido era el bueno, caminamos largo rato hasta que a alguno se le ocurrió: Fíjese bien. Yo creo que estamos dando vueltas, y que por aquí, señalaba un árbol, acabamos de pasar.

Hicimos un corte en el árbol indicado y seguimos.

Quince minutos después estábamos en el mismo lugar.

Desconcertados, agotados, nos quedamos pensando.

Teníamos hambre; comimos unas sirtubas amargas. Más tarde nos dolió el estómago.

Ya oscurecía por lo cerrado de la montaña y fué entonces que los relinchos de las bestias, ya aburridas de esperar y hambrientas, nos indicaron el rumbo.

Logramos salir y un profundo alivio llenó nuestro espíritu.

Estuvimos perdidos a unos 500 metros escasos de la salida!

Perdidos dentro de nosotros mismos y a punto de enloquecer nos coloca el destino cuando pretendemos más de lo que podemos; cuando nos creemos escogidos por Dios para guiar a otros o en el momento en que, cegados por las pasiones, queremos situarnos en las nubes!

¡Y es entonces cuando damos vueltas a nuestro rededor sin podernos encontrar!

Juan J. CARAZO.

En Costa Rica. Agosto 1949.

STECHERT-HAFNER, Inc.

Books and Periodicals
31 East 10th Str.-New York 3, N. Y.
Con esta Agencia puede Ud.
conseguir una suscripción al
Repertorio Americano

Agencia del Repertorio Americano

en Londres
B. F. Stevens & Brown, Ltd.
New Ruskin House,
28-30 Little Russell Street, W. C. 1
London, England

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

EDITOR

Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
En Costa Rica:
Sus. mensual ₡ 2.00

EXTERIOR:

Suscripción anual:
\$ 5 dólares

Giro bancario
sobre Nueva York

...“y concebí una federación de ideas,” — E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

Noticia de libros

Índice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

Una Editorial argentina que presta a los maestros y profesores de nuestra América inapreciables servicios; la señalamos de nuevo. Se trata de la Editorial KAPELUSZ y Cía., en Buenos Aires.

Se anuncia ahora con estas obras de la Biblioteca de Cultura Pedagógica, tomos X, XII, XVI y XVII, respectivamente.

Conceptos sobre Educación. Por Alain. Prólogo de la Prof. Clotilde Guillén de Rezzano.

(“Es un bello libro. En cada una de sus líneas se atisba a un espíritu privilegiado. Finezza, agudeza, ironía, todo al servicio de un propósito moralizador, de un intenso deseo de servir, ayudar, advertir. Debe ser leído con sosiego, a capítulo por día, tal vez por semana, como su autor los escribiera”).

Madeleine L. Rambert: *La vida afectiva y moral del niño.* Doce años de práctica psicoanalítica. Prólogo de la Prof. Clotilde Guillén de Rezzano.

La lectura de este libro ha de dar a los padres y maestros el detector de los síntomas de los complejos y con ello la oportunidad de proceder con rapidez, no sólo para evitar el avance del mal, sino también, en la mayoría de los casos, para extirparlo por completo.

Robert Dottrens: *La enseñanza individualizada.* Prólogo de la señora Guillén de Rezzano.

El autor enseña en el Instituto de Ciencias de la Educación de Ginebra y es el director de la nombrada Escuela de Mail. En esta obra desarrolla con amplitud y profusión de ejemplos el aprendizaje individualizado que, con insistencia recomienda, no debe confundirse con el aprendizaje individual.

G. Lombardo-Radice y Marie Anne Carro: *Ensayos precursores de la Escuela activa italiana.* Portomaggiore y Mompiano.

Lo prologa la señora Guillén de Rezzano.

En este libro: rica cosecha de procedimientos didácticos; pero mucho más, las reflexiones que despierta en el lector preocupado, inteligente, respecto de ese niño con quienes se cree quedar bien satisfaciéndoles las necesidades biológicas e intelectuales y se olvidan las de orden espiritual, las primordiales.

La escuela activa debe buscarse no tan sólo en las teorías de los técnicos de la escuela, sino también, y principalmente, en los grandes escritores que se volvieron con ojos de niño y de poeta hacia la consideración de la verdad.

Anunciemos complacidos —se tardó en llegarnos— este último libro de Jorge Carrera Andrade, editado con elegancia en París, en las Ediciones de la Maison de l'Amérique Latine (96, Avenue d'Iena). Se titula: *Rostros y climas.*

Da gusto leer a Carrera Andrade en su verso y en su prosa.

En *Rostros y climas* la prosa es flexible, rica, al servicio de observaciones e ideas y emociones copiosas, interesantes. Sabe mucho de escritores, de países y de letras. Curioso y sin miedo a las ideas. Carrera Andrade es de los americanos del Sur que andan y ven. Cuánto ve y cuánto cuenta. Basta ojear el Índice, todo un itinerario: I. *Rostros y climas*: Imagen real de Japón; De New York a la bahía de San Francisco; Poetas jóvenes de los Estados Unidos; rostros de la poesía francesa; El americano nuevo y su actitud poética; Gandhi, el Santo del Siglo XX; Lienzos olvidados de España. II. *Geopoética del Nuevo Mundo*: México en dos dimensiones; Ecuador: la prisión verde; Uruguay, faro con palomas; Chile: uvas, mar y metafísica. III. *Retratos de memoria*: La sombra de Olmedo en Caracas; Nicolás Guillén, mensajero del Trópico; César Vallejo, hombre del Perú y ciudadano del Universo; La quinta de Gabriela Mistral; Retrato de una ciudad; Quito, capital de las nubes.

El autor (Embajada del Ecuador en Londres), ha obsequiado al *Repertorio* con algunos ejemplares de este libro nutritivo. Gracias, generoso Carrera Andrade. El buen ejemplo.

Con estos libros se presenta la Editorial SUDAMERICANA, en Buenos Aires:

Ti-Coyo y su tiburón. Por Clement Richer. Traducción de Eduardo Warschaver.

Exquisita novela, muy francesa: sátira y buen humor. La tontería humana vista con lentes de crítico y absuelta con el buen humor. El glotón Tiburón lo vemos en todas partes... esteros y garzas morenas.

Las hormigas. Por Julián Huxley. Traducción de Angel Cabrera.

Huxley: eminente biólogo inglés.

Busca y establece las diferencias radicales entre los insectos sociales y el hombre social.

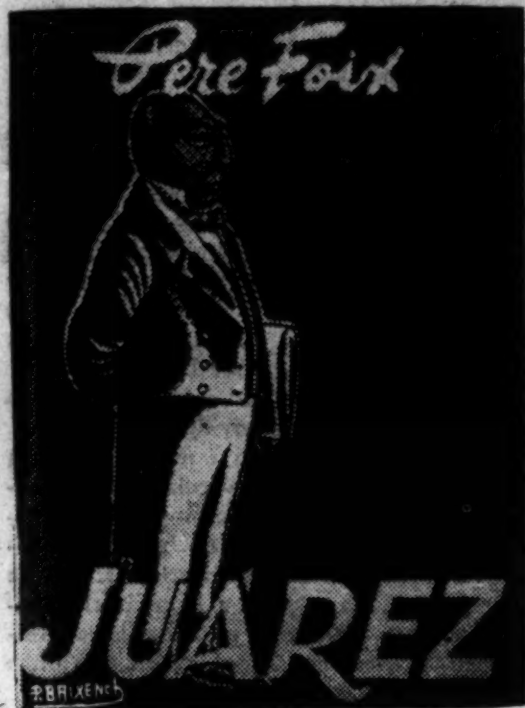
Si las hormigas hubieran seguido evolucionando... ¿qué habría sido del hombre?...

Poemas de amor desesperado. Por Silvina Ocampo.

*Tardes en que mi oscuro corazón,
al sentir mis tristezas tan ajenas,
se helaba de congoja entre mis venas
viendo la impura representación
lejana de mis penas.*

Silvina Ocampo —argentina— es de los poetas que han conocido el horror en su dimensión universal.

“La inmensa dificultad de expresar las vivencias fugitivas, los matices inefables con que el poeta siente su tema como un orgánico e inconsciente estado de gravedad, en el verso de Silvina Ocampo se ha superado por el logro mismo”.



Completa y documentada biografía del Benemérito de las Américas. En Costa Rica se vende en la Adm. de Rep. Amer. y en la Librería Trejos Hnos., al precio de ₡ 8 el ejemplar. Para el exterior: 1 dólar. Pídale, acompañado de su importe, a Ediciones Iberoamericanas. Apartado Postal 1784. México D. F.

El Ministerio de Educación de Venezuela, su Dirección de Cultura, edita y reparte la muy apreciable *Biblioteca Popular Venezolana*: Novelas y cuentos. Historia y Biografía. Antologías y selecciones.

Nos llega el tomo 28, como obsequio de dicha Dirección.

Francisco Javier Yañes: *Historia de Margarita y Observaciones del General Francisco Esteban Gómez.* Prólogo de Luis B. Prieto F. Caracas. 1949.

(“Más importante que la historia escrita es la que los margariteños han realizado y realizan... con la obra tenaz que forja pueblos y hermana en sentimientos comunes a los venezolanos de los cuatro costados de la patria”).

Otra de las honrosas y ejemplares empresas editoriales de la antecitada Dirección de Cultura de Venezuela, es la Colección ANDRES BELLO, en la Biblioteca Venezolana de Cultura.

Nos llega en obsequio este libro: *Temas críticos.* Por Julio Planchart.

El autor: escritor venezolano de mucho crédito.

La obra: Misceláneas; Temas polémicos; Temas biográficos; Estudios sobre críticos venezolanos.

La vamos a leer con mucho cuidado. (Literatura e Historia; saber y luces).

La University of Miami en sus Hispanic American Studies: el N° 7:

The First Three Voyages to Yucatán and New Spain, According to the Residencia of Hernán Cortés. Translated by Robert S. Chamberlain, Ph. D.

Señas: Coral Gables, Florida. Julio, 1949.